



el asesino fué puntual

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL ASESINO FUE PUNTUAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 454
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 44.079 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1971

© VIC LOGAN, 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.057 — Agente enigma.

En Colección **PUNTO ROJO**:

449 — Desafío a la ley.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

559 — Ciudad turbulenta.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

758 — Tras las huellas del asesino.

En Colección **KANSAS**:

637 — Dólares de sangre.

En Colección **BRAVO OESTE**:

513 — Primero la ley.

En Colección **CALIFORNIA**:

728 — El hombre de Canadá.

En Colección **COLORADO**:

664 — Era un hombre pacífico.

CAPÍTULO PRIMERO

Alan Dolander salió de su apartamento del piso número doce y se encaminó hacia la puerta que comunicaba con la escalera desdeñando el ascensor.

Descendió paso a paso los escalones.

Pasó el piso once para detenerse en el diez.

Llevaba un traje oscuro, corbata del mismo tono y camisa impecable.

Podía decirse que era un hombre elegante.

Su mirada resultaba grave, un tanto fría.

Al llegar a la puerta de la planta número diez empuñó el pomo y aguardó un momento como si no acabara de decidirse a empujarla.

Al fin lo hizo y salió a un corredor idéntico al de su planta.

Avanzó a través del pasillo hasta detenerse en la tercera puerta marcada con el número mil diez.

Sacó un manajo de llaves del bolsillo casi todas tipo «Yale» e introdujo la única que encajaba con la cerradura.

La giró lentamente y apenas hubo abierto la puerta percibió un perfume inconfundible unido a la brisa que llegaba del exterior a través de un abierto ventanal.

El apartamento estaba en la penumbra.

Sonó una voz femenina:

—¿Eres tú, Alan?

El hombre avanzó hasta el umbral de la puerta del salón.

—¡Alan! —volvió a decir la mujer elevando el tono.

Desde el fondo una muchacha de pelo rubio, sedoso, perfectamente cuidado observó al recién llegado.

Estaba sentada en una especie de sillón.

La penumbra en que estaba envuelta la estancia impedía ver la disposición de las distintas puertas del moderno apartamento, no obstante se adivinaba lujo y buen gusto.

—¡Alan! —volvió a exclamar ella.

—Hola, Maggie —murmuró él con voz tenue.

—Podías avisar...

—Es que... Bueno, verás... No sabía siquiera cómo entrar.

—Es un poco tarde para disculparse, Alan.

—Sin embargo, déjame intentarlo.

Ella guardó silencio.

—Maggie, no debí hablarte tan duramente, pero si lo hice no fue por culpa mía, te lo aseguro.

—¿A quién vas a culpar pues? Me lo dijiste como un reproche. Me lo escupiste a la cara.

Avanzó unos pasos hacia la mujer que seguía sentada.

—No. Dejémoslo, Alan. Es mejor que lo dejemos. Yo... yo no necesito tu compasión.

El se aproximó a un conmutador de la luz.

—¡No la enciendas! —gritó ella.

—Como quieras.

—¿Es que deseas verme mejor? ¿Es que no sabes que soy una inválida? ¡Una inválida!

—Maggie, por favor...

—Hace unas horas acabas de decírmelo cómo un reproche, como si yo tuviera la culpa.

—No debí hacerlo.

Ella remedando la voz de Alan murmuró:

—«Tienes las piernas más maravillosas que he visto en mi vida». ¿Cuánto tiempo hace que me lo dijiste, Alan? ¿Es que sólo te interesaban mis piernas? ¡Míralas ahora, Alan!

Arrojó la suave tela de encaje que cubría desde sus rodillas hasta los zapatos.

—¡Míralas! —volvió a exclamar—. Ahora no sirven para nada. Son piernas muertas y ya no te gustan. ¡No, Alan! ¡Vete! No quiero tu compasión. Creo que es mejor así a tener que soportar mentiras piadosas.

—Escúchame, Maggie. Déjame decírtelo. Créeme o no, no importa, pero debes saber la verdad.

—Tu verdad es siempre otra mentira para disimular la anterior.

—Maggie... fue el médico. Dijo que precisabas un estímulo, que no debía tratarte con excesiva dulzura. Créeme. El piensa... ¡Oh,

Maggie! He sido un estúpido, perdóname. No debí hacerle caso. Cuando me lo dijo le contesté que me parecía una monstruosidad.

Ella no contestó.

—De veras. Dice que la mayoría de los casos como el tuyo terminan por ser algo psíquico, ¿comprendes? La voluntad de andar, el deseo de volver a ser como antes puede ser el mejor de los remedios.

—Acaso crees que me gusta permanecer sentada en esta silla y ver a la gente desde la planta décima. ¿Te imaginas que me divierte no poder moverme? Lo único que consigo es pasar de la silla a la cama y todo tengo que tenerlo a mano. Cuando la señora Ballingher tiene su día libre me quedo absolutamente sola. Tú no sabes lo que es estar solo. Porque hay muchas clases de soledad.

Su voz se quebró ligeramente pero enseguida se recuperó.

Ante todo Maggie era una mujer que no se quería doblegar. No había una altanería nata en su forma de expresarse. Era un modo de mostrar su orgullo, o su protesta y en todo caso, su posición.

No quería ser humillada y deseaba ser comprendida únicamente por lástima.

—Maggie, debes creerme. Te lo suplico.

—Ya hablaremos en otro momento.

—Lo nuestro no puede terminar así.

—Hace tiempo que ha terminado, Alan. ¿Crees que estoy ciega? Terminó el mismo día del accidente o tal vez algo más tarde, cuando supiste que la mujer con quien ibas a casarte iba a quedarse inválida para siempre.

—Yo quiero casarme contigo a pesar de todo.

—¿Lo ves? A pesar de todo.

—¡Oh, Maggie! Hoy todo lo interpretas mal, o acaso soy yo el que no sé expresarme.

El zumbido del timbre interrumpió la conversación.

—Yo iré a abrir si me lo permites.

Ella permaneció inmóvil.

Alan avanzó hacia la puerta de entrada y abrió.

Un hombre joven con chaqueta deportiva apareció *en* el umbral.

—Hola, Alan. ¿Es aquí, verdad?

—Pasa, Max. Me alegro de que hayas venido. Entra.

El recién llegado avanzó hacia el salón.

—Ya conoces a Maggie.

—Hola —saludó el joven deteniéndose a escasos metros de la inválida, mientras la observaba con mirada profunda.

—Max —exclamó ella sorprendida y casi aturdida a la vez.

—No esperaba verte. Hace tanto tiempo...

—Max. Sé que estuviste en el hospital, interesándote por mí.

—Fui un par de veces. Tenía que ver a..., bueno tenía un amigo...

—No es necesario que busques ninguna excusa, Max —musitó la joven dulcemente.

Su voz había dejado de tener aquel acento agrio.

Ahora parecía la mujer exquisitamente femenina que había sido siempre. La señorita bien educada, la tierna y radiante Maggie, como Max la había llamado algunas veces antes de...

Sí. Max pensaba en un pasado no demasiado lejano, pero ella le interrumpió para saber:

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme?

—Pues en realidad, fue Alan quien me citó.

—¿Alan?

Ella interrogó a Alan Dolander con la mirada.

—Sí, Maggie. Yo... yo tengo que salir para ir a una reunión y he propuesto un asunto a Max que tal vez le interese.

—Sí, Maggie —replicó Max.

—Dije que si no me encontraba en mi apartamento, viniera aquí. Le dije que era el tuyo.

Ella miró a los dos hombres alternativamente.

Si en lo físico no podía considerárseles precisamente gemelos, tanto por su envergadura, por su aspecto en general entraban en la categoría de hombres atractivos, de rasgos comunes, atléticos, mundanos, cada uno en su estilo.

Lo que les diferenciaba era su distinta posición, la de Alan mucho más elevada.

—Como tú sabes, Max sigue ejerciendo como detective privado y necesito algunos informes acerca de mis nuevos socios. No iba a buscar a un desconocido.

—Sí, claro —murmuró ella bajando los ojos para dejarlos vagar por la habitación hasta clavarlos en el ventanal.

—Bien. Si queréis despediros... —murmuró Max iniciando la

retirada.

—No, amigo mío. Lo que tenemos que decimos puedes oírlo tú también.

Otro silencio.

Alan se acercó a Maggie sacándose del bolsillo el manojito de llaves.

—Dadas las circunstancias quizá será mejor que te devuelva la llave.

—Sí, será mejor —repuso ella.

Max enarcó las cejas.

Alan le miró unos instantes y volvió hacia ella.

—Me gustaría que reflexionaras. Que creyeras en mi sinceridad. Yo... yo te sigo adorando. Perdona Max, tal vez...

—No, no —murmuró él.

—Sé que ella significó algo para ti alguna vez. La conociste antes.

—Eso a veces cuenta poco —replicó Max con mal disimulada amargura.

—Querida. ¿Pensarás en lo que te he dicho?

—Sí.

—Yo no quería ofenderte y me casaré contigo en cuanto estés dispuesta.

Maggie no replicó.

Alan se acercó a la mesa y dejó el llavín.

—Guárdalo. Si necesitas algo estaré en el club. Ya sabes. El Safari. Hacia las doce espero estar de vuelta. Tal vez antes. ¿Quieres que te llame?

Ella negó con la cabeza.

—Adiós, Maggie. Buenas noches.

La miró profundamente y dirigiéndose a Max añadió:

—¿Vamos, amigo?

Max se despidió de la muchacha.

—Adiós. Me he alegrado mucho de verte.

—Ya ves en qué me he convertido.

—Bueno. Eso no será eterno.

—No me gustan las mentiras piadosas. Llevo ya un año así.

—Algún día tal vez lo recuerdes como una amarga experiencia, pero completamente curada.

—Dios te oiga, Max, Dios te oiga —murmuró ella.

El joven se reunió con Alan en el portal de la casa.

Alan abrió y ya en el pasillo volvió a cerrar.

—Ahora si quiero entrar tendré que llamar al timbre. Va a parecerme muy raro. De veras.

—Pero. ¿Qué os ha pasado?

—Una discusión. Le reproché que se autocompadeciera.

—¡Alan! ¿Cómo has podido hacer tal cosa? Maggie nunca se ha autocompadecido. Era la muchacha más alegre...

Se interrumpió. Habían llegado al ascensor y Alan pulsó el botón de subida.

—Sí, Max, sí. Yo también llegué a conocerla perfectamente. Era alegre, muy alegre, endemoniadamente alegre.

—Debe tener veinticinco años. Veinticinco años y sentada sobre un sillón de ruedas y sola.

—Esto es lo que más me preocupa.

—No debiste discutir con ella.

—Lo hice. Deseo con todo mi corazón que vuelva a andar. Íbamos a casarnos cuando su coche se estrelló. Era casi la víspera. ¿Quieres peor desgracia? Porque si ella sufre yo también, Max. De veras.

—Sí. Comprendo —murmuró el detective.

El ascensor había llegado a la planta. Las puertas automáticas se corrieron y ambos hombres pasaron a su interior.

Cuando comenzaron a descender el rostro de Alan tomó una extraña gravedad.

—Max, no he pedido que vinieras para ningún asunto relacionado con mis socios. No existen nuevos socios.

—¿Qué?

—Se trata de Maggie.

—¿Qué ocurre?

—Temo por ella.

—¿Por qué?

—No sabía cómo explicártelo. Es..., es como un presentimiento. Algo que quizá lo consideres sin sentido, pero temo...

—¿Qué es exactamente lo que temes?

—Que le suceda algo. Que puedan hacerle daño. ¡Qué sé yo! Ya te digo que la idea es casi absurda y no puedo basarla en ningún

hecho concreto. Sólo pequeños detalles, quizá en el fondo fruto de mi imaginación.

—Explícate, mejor.

El ascensor había llegado a la planta baja.

Eran las nueve de la noche y el portero había terminado su turno.

La puerta de la calle se abría automáticamente por un control electrónico desde el interior, cuando una o más personas pasaran entre dos ojos mágicos.

Fuera, aparcado delante de la casa había un «Cadillac» último modelo.

—Sube —invitó Alan—. Por el camino te lo contaré.

Max estaba visiblemente interesado.

CAPÍTULO II

El «Cadillac» descendía por la amplia avenida y el tráfico requería todos los reflejos del conductor.

—Parece como si los finales de semana nadie quisiera quedarse en casa —comentó Alan.

—Sí. Es cierto.

—¿Tú tienes coche, verdad?

—Sí, pero para ir a tu casa he tomado el Metro. Es más rápido.

—Tienes razón.

—¿Dónde vamos exactamente?

—A esa reunión.

—Debiste avisarme. Mira cómo voy. No tengo tantos trajes como tú, pero al menos me hubiera puesto uno oscuro.

—¡Bah! No te preocupes. Diré que... que somos viejos camaradas del ejército. Todos saben que he sido subteniente.

—Bueno. En realidad no dirás ninguna mentira ya que nos conocimos en el club de oficiales. Yo era un simple camarero con aficiones detectivescas.

—Y terminaste siendo un buen detective.

—¿Bueno? No sé... Pero jamás he conseguido clientela de la que no pregunta las tarifas, pero no me queja.

Alan dobló por una calle transversal menos concurrida.

—Háblame de Maggie y de tus temores.

—Luego. Primero quiero que conozcas a mis amigos. Te los presentaré. Retén bien sus rostros en tu mente.

—¿Por qué?

—Es necesario.

—¿Tiene algo que ver?

—Podría ser. ¿Te es fácil recordar una cara?

—Normalmente, sí... La de Maggie por ejemplo nunca la olvidaré.

Alan sonrió.

—Lo siento. Yo no te la quité.

—No. Fui un estúpido. Algo que debo cargar a mi orgullo. Ella estaba acostumbrada a unos lujos que yo no hubiera podido costearle. Marché a la ciudad para intentar ganar dinero y cuando conseguí algo más de lo que poseía ella se había prometido con el magnate de la electrónica Alan Dolander.

—Maggie creyó que ya ni te acordabas de ella. Pero a veces pienso que en el fondo te recordaba muchas veces. Fuiste su primer amor. Aunque nunca toqué el tema por no herirla, o tal vez por miedo a la verdad.

—No tengo nada que reprocharte, Alan. Pero no quisiera que pudiera ocurrirle nada.

—Ahí está el club. A la vuelta de la esquina.

Al doblar, el pequeño luminoso colocado sobre la decorada marquesina de lona anunciaba:

SAFARI CLUB

—Tenemos una sala particular y solemos reunimos.

—Un buen sitio. Y después de la reunión a correrse la gran juerga.

—Somos bastante serios. Hoy no estarán todos, sólo tres. Te será más fácil recordar sus rostros.

Bajó del coche y un auxiliar del local se apresuró a entrar en él para conducirlo al aparcamiento privado del club.

Los dos amigos pasaron al interior.

Maggie, junto a la ventana, cuyos pórticos seguían abiertos, contemplaba las luces de la ciudad, con la bahía al fondo.

El edificio estaba enclavado en un sitio ideal para la panorámica.

Quizá la joven nunca se había dado cuenta de lo maravillosa que resultaba la ciudad contemplada desde allí porque nunca había dispuesto de tanto tiempo para observarla.

Y ahora que podía maldecía el sitio, el apartamento, todo... porque no podía moverse.

Bruscamente dio la vuelta y condujo la silla hacia la mesita sobre la cual Alan había dejado el llavín de su piso.

No pudo evitar que unas lágrimas nublaran sus ojos.

No eran lágrimas de dolor simplemente. En ellas había una mezcla de encontrados sentimientos.

En algún lugar de la casa sonó un chasquido. Algo apenas audible, pero que el silencio reinante pareció multiplicar.

Maggie se sobresaltó.

Miró hacia todos los rincones.

Escuchó.

No era miedosa, pero su situación la había cambiado por completo.

Raro era el día que en la sección de sucesos de los periódicos no apareciera más de un asesinato.

Chicas que vivían solas, alguien que se introducía en la casa, las sorprendía y...

Contuvo la respiración.

Silencio.

Condujo el sillón hasta la puerta y comprobó que se hallaba perfectamente cerrada.

Corrió el pasador de seguridad, pero al entrar dentro de la abrazadera ésta cayó.

—¿Eh?

Encendió la lamparilla de pie del recibidor y se inclinó para recoger la abrazadera.

Los tornillos que la sujetaban al marco habían caído. No era posible cerrar.

—¿Para qué? —razonó en voz alta.

Casi nunca se le había ocurrido poner el pasador. Quizá por esto no se había dado cuenta de que estaba deteriorado.

Sin embargo de pronto...

¡Click!

El sonido de un objeto metálico volvió a sonar en algún lugar.

Sintió un escalofrío.

¿En su dormitorio tal vez?

Intentó recobrar su serenidad.

—Ésta es la única puerta —dijo en voz alta como para darse ánimos.

Avanzó hacia su habitación, cuya puerta estaba situada en un ángulo de la sala de estar en un paso que comunicaba con otro

dormitorio auxiliar y un baño común independiente del suyo propio.

Los neumáticos de goma del sillón de ruedas impedían que su rodar por el suelo de pulido terrazo produjera el menor ruido.

Empujó suavemente la puerta del dormitorio hasta que quedó totalmente abierta.

Avanzó la mano hacia el interruptor de la luz situado a la altura de su habitual posición de inválida.

Varias lámparas iluminaron la estancia indirectamente.

El dormitorio estaba vacío.

—¡Qué tonta! —murmuró entre dientes—. ¿Quién podía estar aquí?

Pero, aquel ruido...

¿Qué habría sido?

Dio la vuelta y volvió a apagar la luz.

—Lo que me ocurre es que tengo demasiadas horas para pensar —se dijo.

Conectó el televisor accionando su control remoto.

En el club, Max había conocido a tres de los socios de Alan Dolander. Había fijado su atención en cada uno de ellos.

Empezando por el que parecía de más edad, lo recordaría siempre por su rostro, de estatura mediana, más bien baja, sus ojos muy juntos y pequeños y su escasa frente.

No era un individuo repelente, puesto que sus facciones eran proporcionadas, pero su rostro tenía algo que no podía olvidarse fácilmente.

Su nombre era Stanley. Y su edad como de unos cuarenta años.

Le seguía —para la cuenta de Max— un individuo llamado Byrley. Era también de estatura mediana, pero más alto que Stanley. Aparentaba unos treinta y cinco años y su tema favorito era hablar de mujeres, o de sus mujeres, de las que había conquistado, de las que había conseguido.

Se creía un Casanova.

Max pensó que lo había visto con mayores probabilidades, aunque considerando que Byrley tenía una buena cuenta corriente y que en lo físico tampoco podía considerarse despreciable, resultaba lógico que por lo menos un diez por ciento de sus conquistas pudieran considerarse como ciertas.

El tercero era Bennet.

Bennet era inquieto, nervioso, tenía un tic nervioso que le hacía guiñar con cierta regularidad el ojo izquierdo.

La edad de Bennet oscilaba entre los treinta y los treinta y cinco.

—¿Cuál es el motivo exacto de la reunión? —inquirió precisamente. Bennet, el nervioso—. Hemos estado hablando, nos has presentado a tu camarada, pero... no veo qué hacemos aquí.

—Mi amigo es escritor —mintió Alan—. Le había hablado a veces de nuestro club y llegó a interesarle.

—No sé qué puede haber de interesante. Lo mismo que en otra parte —replicó Bennet.

—Los tipos... Mis amigos, vosotros, por ejemplo. Un buen escritor necesita conocer gente. Apuesto a que ya os ha analizado, ¿verdad, Max?

—Si tú lo crees así —disimuló Max siguiéndole la corriente.

—Bueno, el hecho es que... tenía ganas de jugar unas partidas. Max tampoco es mal jugador, ¿eh?

—Si te refieres al póquer...

—¿A qué va a ser? —sonrió Alan.

—Eso ya cambia la cosa... —repuso Bennet.

—Por mí, encantado —dijo el pequeño Stanley—. Ahora hace tiempo que no jugamos.

Byrley intervino para decir.

—Aquí llegó a hacérsenos de día y como no hay ni una mala ventana para ver el exterior creíamos que todavía lucían las estrellas... Es una manera como otra de perder el tiempo. Luego uno lamenta no haber estado con una buena chica.

—En el mundo todo no se acaba con las chicas —terció Stanley.

—Lo dices porque no las conoces a fondo como yo.

—Nunca se llega a conocer a fondo a una mujer —objetó Alan.

—¿Qué dice usted que es, escritor? —Y Byrley dirigió la pregunta a Max.

—Pues es ciertamente difícil definir a las mujeres.

—A propósito... ¿Max qué más? —Siguió Byrley.

—Max Nolan.

—No recuerdo...

—Max firma con pseudónimo... Utiliza varios. No hace obras literarias, pero vende que es lo importante, ¿eh, Max? Pero no

hablemos ahora de trabajo. Esto es un club, no una oficina para recordar los problemas diarios. Voy a por una baraja.

Se dirigió a un armario y sacó un paquete de naipes todavía con el envoltorio precintado.

Regresó y dijo:

—Sólo hasta las doce menos cuarto, ¿eh, Max?

El detective asintió.

Estaba entre aquella gente sin la menor idea del porqué.

Miraba a cada uno y trataba de pensar qué relación podían tener con el presentimiento —extraño presentimiento— de que Alan le había hablado con respecto a Maggie.

Acepto el juego.

Se trataba de Maggie, y él tenía los mejores recuerdos para aquella muchacha.

Sin embargo y mientras se sorteaban los puestos de la mesa se hizo otra pregunta:

«¿Qué es lo que sospecha exactamente Alan?».

Pero no obtuvo la menor respuesta. Debía esperar a que terminara la partida y Alan Dolander se mostrara más explícito.

CAPÍTULO III

—He venido a matarla, señorita.

El hombre tenía un aspecto normal, lo siniestro estaba en su voz.

Ella miraba aterrada al hombre que tenía la media en la mano y avanzaba hacia la joven.

Maggie cerró el televisor.

—No me gustan esta clase de películas. Parece que no sepan hacer otra cosa.

Buscó otro canal.

Una ráfaga de metrallata inundó la estancia.

Era una película de *gangsters*.

Cortó para pasar al siguiente canal.

La estridente música de una sala de fiestas substituyó las ráfagas de metrallata.

La voz del comentarista informó:

—Y en nuestro habitual recorrido nocturno, vamos a conectar seguidamente con nuestras cámaras situadas en el Blue Road.

Un fundido en la imagen y otra *boîte* ruidosa apareció en la pantalla.

Maggie cerró definitivamente el aparato y se dirigió al mueble secreter del que extrajo una libreta encarnada.

Era una guía de direcciones.

—Buscar un amigo en esta época es casi imposible... Y menos en un fin de semana —dijo en voz alta.

Recorrió varias páginas.

—Unos están en Palm Beach... Otros en Tijuana, o en Europa... Hasta cazando leones en África.

Tachó algunos de los números.

—Éstos no me interesan. No han vuelto a mi casa desde que no puedo moverme. ¡Amigos! ¿Los he tenido alguna vez?

Detuvo el correr de su dedo en un nombre.

Hellen Brunniger. Miró el número.

—Hellen... Creo que ésta sí es la única amiga de veras... Quizá la moleste a estas horas.

Dudó en llamar cuando ya había cogido el auricular con la mano.

Entonces le pareció oír unas voces.

Aplicó el auricular a su oreja. No oyó nada.

—¿Llamo o no? Hellen suele acostarse tarde. Quizá... quizá escriba algo y le corte la inspiración... o tal vez no.

Tenía el índice en el primer número cuando volvió a escuchar una especie de susurro en el auricular.

—¿Diga? —inquirió ella—. ¿Llama alguien?

El susurro se percibía con mayor claridad.

—Debe tratarse de un cruce de líneas —dijo siempre expresando sus pensamientos en voz alta.

No era la primera vez que las líneas se cruzaban.

Iba a colgar cuando aquella voz susurrante musitó.

—¿Recuerdas bien las señas? No te equivoques y no falles. Todo tiene que salir perfecto.

—Descuide, yo siempre trabajo bien... Mañana lo leerá en los periódicos... Tal vez venga en primera plana —replicó otra voz.

Maggie enarcó las cejas.

¿De qué diablos estaban hablando aquellas dos personas?

Ateniéndose únicamente a la voz, ni siquiera podía discernir si los que estaban al teléfono eran de uno u otro sexo, pero algo le hacía intuir que se trataba de dos hombres.

Siguió escuchando.

—No toques nada, déjalo todo tal como está.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Debes hacer el trabajo a las once en punto. ¿De acuerdo?

—¿A las once?

—Sí.

—Bien. Nada más.

—Falta algo.

—¿Qué?

—Lo convenido.

—Cuando lea la noticia en el periódico de que M. C., ya no existe.

—Nunca hago trabajos de esta clase a, crédito.

—No será a crédito. Ya discutimos esto.

—Pero quedamos en que me daría los billetes partidos y no he vuelto a verle.

—Escuche, estamos prolongando demasiado esta conversación. Cuando entre en la casa encontrará la mitad de esos billetes.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—¿Me escucha?

—Sí.

—Están en el baño, sujetos al soporte metálico de la pila del lavabo.

—¡Vaya!

—Hay dos mil dólares partidos por la mitad, cójalos una vez haya realizado el trabajo. Es todo.

—Esto está mejor.

Escuchó dos chasquidos casi simultáneos y ella con el teléfono en la mano miró aterrada aquel auricular.

Colgó mientras escuchaba como los latidos de su corazón habían aumentado su ritmo normal.

—¡Dios mío! —pudo exclamar al fin—. Están hablando de un crimen. Alguien ha contratado a un asesino para que cometa un asesinato. ¡Hoy mismo!

Intentó serenarse.

—Hoy a las once alguien va a morir. No... Debe ser una broma. Tiene que serlo.

Vaciló un momento y reflexionó con rapidez.

—No... No puede tratarse de una broma. No tendría sentido.

Consultó su diminuto reloj joya. Eran las diez y media.

—¡Falta sólo media hora! —exclamó.

Ya no pensó en llamar a su amiga. Si a alguien tenía que llamar era a la policía.

—Señorita, señorita...

Marcó un número con el índice temblándole.

—Con la comisaría del distrito —dijo atropelladamente cuando la operadora de la central le contestó.

—¿Qué número tiene su teléfono?

—Tome nota.

Dio las cifras e insistió.

—Póngame rápidamente.

—¿Homicidios?

—Sí, Homicidios.

—Espere un momento, están las líneas ocupadas, ya la llamaré.

—Pero ¿qué pasa? Es urgente.

—Está bien. Hay una pequeña avería en la red.

—Deme el número. Llamaré personalmente.

—No le servirá de nada. Casi todas las líneas de este sector están conectadas directamente con la central.

—Acabo de captar una llamada, era un cruce en mi teléfono.

—Posiblemente se deba a ésa avería —respondió la operadora.

—Es que apenas hay tiempo. Van a matar a alguien esta noche a las once. ¡Dentro de media hora!

—Cálmese, cálmese.

—¿Cómo quiere que me calme? ¿Me da ese número?

—La comisaría está tres calles más abajo de donde usted vive, lo veo por el número. Saldría ganando si fuera usted misma.

—No puedo.

—En ese caso...

—Señorita. Estoy inválida. No puedo andar. ¿Comprende? Utilizo un coche de ruedas... no puedo...

—Espere... Creo que he conseguido una línea. La reservaré para usted, pero dese prisa, tengo docenas de llamadas urgentes esperando.

—Sí, sí, póngame.

Esperó y enseguida escuchó el zumbido del teléfono llamando.

Aguardó llena de impaciencia a que alguien descolgara.

Una voz áspera contestó al fin.

—Oiga... Oiga... ¿Es la brigada de Homicidios?

—Habla con el sargento de guardia —repuso la voz de forma rutinaria.

—Se va a cometer un asesinato. Lo he oído... será esta noche a las once.

—¿A las once? ¿Y dónde?

—¡Yo qué sé! He captado una conversación debido a un cruce en la línea telefónica.

—¿Cómo se llama usted? Deme su nombre y dónde vive.

—En la Avenida Galwey, al norte 442.

—Su nombre.

—¿Por qué es necesario todo esto?

—Si denuncia un crimen tengo que conocer el nombre de quien...

—El crimen no se ha cometido. ¿No lo comprende? Cada minuto cuenta. ¡Alguien va a morir!

El sargento, un hombre sudoroso se echó hacia atrás la gorra y se pasó un pañuelo por la frente.

Se separó el teléfono de la oreja y murmuró.

—Otra loca seguramente. ¿Por qué le gustará tanto a la gente inventar historias? No tenemos bastantes asesinatos «reales» todos los días.

Hablaba con un subalterno que tomaba unas notas rutinarias.

El teniente Harwey, un hombre joven y dinámico salió de su despacho en mangas de camisa.

—Voy a tomar una cerveza. ¡Vaya nochecita!

—¿Es que no me escucha? —gritaba la voz de Maggie.

El teniente se volvió desde la puerta.

—¿Algo importante?

El sargento de guardia se encogió de hombros.

—Supongo que no.

Y volviendo a hablar con Maggie insistió.

—No me ha dado su nombre.

—Maggie... Margaret.

—Margaret —deletreó el sargento.

—Margaret Chalmers —completó ella y añadió—. Ahora ya tiene los datos. Hagan algo para impedir este asesinato.

El teniente se había alejado definitivamente hacia la cervecería de la esquina.

El sargento, contestando a Maggie, murmuró:

—Señorita... Ésta es una ciudad de diez millones de habitantes. Usted dice que a las once se va a cometer un asesinato en alguna parte y yo le respondo que desgraciadamente de aquí a las once quizá se hayan cometido cuatro, o más... Si pudiéramos evitarlos todos no esperaríamos que se cometieran, comprenda... Si tuviera más datos...

—Es todo lo que sé.

—Es poco, pero tomaré nota. Tal vez vuelva a llamarla. ¿Se

moverá usted de su casa? Porque llama desde su casa, ¿verdad?

—Sí, sí... No me moveré en absoluto. No podría aunque quisiera. —Colgó.

El sargento miró los apuntes.

—Un crimen.

—¿En nuestro sector? —preguntó el subalterno.

—No se sabe. No se ha cometido aún.

—¡Vaya!

—Es lo que yo digo.

El sargento concluyó unas notas.

—Lo pasaré al teniente. Me mandará a hacer gárgaras, pero yo habré cumplido. Nos pagan para que cumplamos.

Eran las diez y treinta y seis minutos.

En aquel instante un asesino salía de su casa.

Un hombre vestido con un traje oscuro y sombrero del mismo color.

Avanzó por la calle hasta el callejón inmediato.

Consultó su reloj.

Las diez y treinta y siete.

Mentalmente calculó la distancia que tenía que recorrer.

Entró en el callejón hasta llegar a un descampado.

Había varios coches estacionados que pasarían la noche allí y hasta probablemente todo el sábado y domingo.

Probó varias puertas para ver de encontrar una que no estuviera cerrada.

La halló al fin.

Pertenecía a un coche pequeño, matriculado en Pennsylvania.

Abrió la portezuela y con un pañuelo blanco limpió el tirador para borrar las huellas.

Se sentó al volante.

No estaban las llaves.

Con una pequeña palanqueta hizo saltar la tapa de la cerradura del contacto.

Cuando lo hubo conseguido juntó los hilos y al hacer la chispa puso el motor en marcha.

Sacó el coche del improvisado aparcamiento y en vez de utilizar el callejón fue por la parte contraria del descampado.

Poco después por una calle poco transitada se alejaba hacia el

centro.

Eran las 10'39.

Le quedaban todavía 21 minutos para cometer su crimen.

CAPÍTULO IV

En el Safari Club la partida se reanudó.

Stanley había recibido una llamada telefónica y tuvo que ausentarse, lo que aprovechó Byrley para salir a la sala general y ver el ambiente.

—A veces hay algo, que vale la pena —había murmurado.

Bennet dijo que iría al lavabo y Alan había invitado a Max a tomar una copa en la barra.

—Así estiramos las piernas.

—No me apetece nada, pero preferiría que me explicaras algo más sobre el asunto.

—Después. Es bastante complejo y no nos daría tiempo.

—Está bien. Ve a beber algo si te place. Me quedaré aquí. Se está bien. Es confortable esto.

—¿No me acompañas?

—Bueno, si lo tomas a desprecio...

Salieron. Alan vio a alguien y pidió disculpas a su amigo.

—Es un viejo amigo. Un poco latoso pero hago negocios con él, por eso no te lo presento.

—¿Por los negocios? —bromeó Max.

—No, hombre, porque es un latoso.

Y Alan se alejó perdiéndose entre la nutrida clientela del no demasiado amplio salón principal.

Se reunieron exactamente ocho minutos más tarde.

La primera mano tras la interrupción del juego comenzó a las 10,40.

Max parecía distraído.

—Eh... Te están preguntando si vas servido.

—¡Oh, no! Quiero tres cartas.

—¡Max! ¿En qué estás pensando?

—En Maggie.

—¡Oh!

—Está tan sola...

—Por mí volvería, pero... No iba a ser muy bien recibido.

—Me gustaría hacerle un rato de compañía.

—Por mí... No soy celoso y aunque lo fuera... Temo que...
Perdonen, amigos... Creo que estamos a la par. ¿Os importa que Max y yo nos marchemos?

Hubo general aprobación.

Poco después los dos hombres estaban en la calle.

—En realidad yo también pienso en ella, Max —murmuró Alan—, pero temo que ya no hay forma de arreglar lo nuestro.

—Inténtalo.

—¿Cuándo?

—¿Ahora?

—Es tarde. Tal vez se haya acostado...

—Puedes probar. A veces las cosas vienen de segundos. Una llamada en el momento preciso resuelve muchas cosas. Si siempre pudiésemos tener el don de la oportunidad.

—Tienes razón. La llamaré primero.

—Ahí tienes una cabina pública.

Instantes más tarde, Alan pasaba al interior de la cabina, marcó y aguardó.

Mas encendió un cigarrillo.

Transitaba, poca gente por aquel lugar, y el aire continuaba siendo bochornoso.

Se volvió y vio cómo Alan marcaba de nuevo.

Esperó un par de minutos más.

Alan salió de la cabina.

—¿No contesta? —inquirió Max.

—Da la señal de comunicar. Quizá tenga el teléfono descolgado.

Max se encogió de hombros.

—De todos modos tú lo tienes bien viviendo en un apartamento del mismo edificio.

—¿Quieres tomar unas copas en mi casa?

—Bueno... ¿Por qué dijiste que era escritor a tus amigos?

—Porque si hubiera dicho tu verdadera profesión tal vez alguien hubiese podido recelar.

—¿Recelar de qué? ¿Por qué no me cuentas de una vez todo este

lío? ¿Por qué me hiciste fijar en esos hombres? ¿Acaso piensas que uno de ellos pueda hacer daño a Maggie?

—Sé que Maggie se ve con alguien.

—¿Quieres decir que tiene... un amigo?

—No exactamente un amigo en el sentido de... En fin, quiero decir que no es que yo piense que Maggie tiene un amante. Simplemente un amigo. Alguien que la visita, que la aconseja... Que le mete ideas extrañas en la cabeza.

—¿Ideas extrañas?

—Verás... Quiero que conozcas toda la historia. Vamos a mi coche. Daremos un paseo. A estas horas el tránsito está más calmado. Ahora da gusto conducir.

Caminaron hasta el lujoso «Cadillac» de Alan.

Subieron.

Alan puso en marcha el motor y arrancó.

—Empieza —pidió Max.

Eran las 10,43.

—¿Algo nuevo? —inquirió el teniente.

—Las llamadas de los locos de costumbre. Una que dice que tenía seis hombres en su bañera... ¡Ah, espere! Ahí va eso... —Y mostró los apuntes de la llamada de Maggie.

—Humm.

—¿Qué opina, señor?

—Un crimen que va a cometerse a las once. ¿Ha averiguado la procedencia de la llamada?

—Sí, señor. El número es correcto, concuerda con las señas y el nombre de la abonada, pero hay una avería en la línea.

—Pruebe a llamar.

—No contestan, señor. Da la señal de comunicar. Es la avería.

—Entonces bien pudiera ser verdad lo de ese cruce.

El sargento hizo un mohín ambiguo.

—¡Je! Alguien va a asesinar a alguien, lo sabemos y... —consultó el reloj—. Sólo quedan diecisiete minutos.

El teniente tomó una resolución.

—Voy a ver a esa persona... Deme la nota. ¿Cómo se llama?

—Marga... Margaret Chalmers.

—¿Dónde he oído ese nombre antes? —murmuró el policía mientras salía de nuevo a la calle.

Tomó el coche y lo detuvo tres manzanas más al norte.

Entretanto Alan Dolander refería sus extraños presentimientos al detective.

—Verás... todo empezó un día que me dirigía al apartamento de Maggie. Hubo una avería en la línea eléctrica y se apagaron las luces. Sin embargo al llegar al corredor de la planta décima tuve la sensación de que alguien salía de su apartamento.

—Pudiste verle.

—Sólo una sombra se tropezó conmigo mientras buscaba la linterna... No sé por qué tuve la sensación de que yo conocía a aquel individuo. Todas las personas desprendemos una especie de... digamos olor característico. Los ciegos precisamente son los que más perciben ese aroma personal. A nosotros nos pasa más inadvertido, pero en la oscuridad... no sabría cómo explicarte.

—Te comprendo perfectamente. ¿Pero tienes motivos para pensar que pudo ser uno de tus socios?

—Todos ellos conocen a Maggie.

Alan iba conduciendo por una calle donde apenas transitaba vehículo alguno.

La esfera luminosa de su reloj, señalaba las 10,45.

—Bien... Suponiendo que fuera uno de los hombres que hoy estaban en el club. Al menos a uno de ellos lo hubieses podido distinguir.

—¿A quién?

—A Stanley.

—¿Por qué?

—Por su estatura.

—Bueno... Es que cuando vi salir a la sombra del apartamento de Maggie estaba en el umbral de la puerta de la escalera.

—¿Y qué?

—Claro, tú no lo sabes. Pero hay un par de escalones. Yo me quedé quieto intentando ver al sujeto, mientras buscaba mi pequeña linterna que por cierto había olvidado.

Hizo una pausa para añadir.

—Creo que descendí un peldaño, tal vez dos, fue algo instintivo. Entonces el hombre tropezó conmigo.

—No te dijo nada.

—En absoluto.

—Bien. Si tú estabas algo más bajo es fácil poder deducir la altura del hombre, pero si crees que esto pueda tener importancia podemos hacer una reproducción de ese tropiezo. Yo seré la sombra que viste y tú ocuparás el mismo lugar... Mi altura es aproximadamente igual a la de Bennet y ligeramente más alta a la de Byrley.

—Buen observador.

—Descartemos a Stanley por el momento y sigue contando esa extraña influencia que crees que Maggie pueda tener de su desconocido visitante.

—Lo del visitante es cierto, porque una noche vi su sombra a través de las cortinas. Estaba en pie. Tampoco entonces pude saber quién era y menos calcular la altura desde la calle.

Otra pausa durante la cual Max quedó pensativo.

—Hay cosas que sin que te las digan las adivinas. El cambio experimentado por Maggie, cajones que ahora tiene cerrados y que antes permanecían abiertos, llamadas telefónicas que se interrumpen cuando yo voy a verla y otras llamadas que ella contesta con monosílabos.

—¿Nunca le has hablado de esto?

—No. He preferido ignorarlo para no herir su susceptibilidad. Al fin y al cabo ella es libre y si oculta esa amistad... no puedo oponerme. Si estuviera enamorada de su visitante se le notaría. Creo que esto siempre se nota.

—¿Te trató con desdén desde entonces?

—¡Oh, no! Siempre se mostró amable, amargada, eso sí, pero más triste, más pesimista.

—¿Pesimista?

—Sí, Max, como si ese nuevo amigo suyo le inclinara hacia la fatalidad. Por ejemplo, antes nunca había hablado de la muerte y ahora habla constantemente de ella casi como si fuera una liberación.

—Eso puede ser fruto de su misma dolencia.

—Es que hay más. Se compró una pistola. La pidió por correo... Una del calibre veintidós. La tiene en un cajón. Dice que es para autodefenderse. ¿Pero quién puede atacarla?

—Quizá haya recibido algún anónimo.

—Puede que sí.

—No te lo ha dicho.

—En absoluto.

—¿No confía en ti?

—Yo creía que sí, pero empiezo a dudarlo.

—¿Tiene miedo?

—A veces diría que sí... Es como si temiera que ocurriese algo...

Si alguna vez he tratado de entrar en detalles, de sonsacarla, me ha salido por la tangente desviando la cuestión. En fin, Max. No me es posible concretar más, es algo que flota en el ambiente, algo que se presiente sin más pruebas que unos indicios, unas presunciones... Y esto sólo podía contarle a un amigo que no me tomara por loco o por visionario.

—Me gustaría hablar con ella.

—Pero no le menciones para nada nuestra conversación.

—Por supuesto.

—Oh, me olvidaba algo que también puede ser significativo... aunque sería horrible.

—¿Qué es?

—Una vez la sorprendí asomada al ventanal, pero muy asomada, mirando la calle como si algo la atrajera hacia ella.

—¿Tuviste la impresión de que... de que podía arrojarse?

—Llegué a creerlo, sí —confesó Alan.

—También entra en la lógica, en su caso, que en un momento de ofuscación mental piense en el suicidio, pero no sé... Maggie tendría que haber cambiado mucho para llegar a ese extremo.

—Es que ha cambiado, Max. A veces no parece siquiera la misma. Es como si su rostro fuera el suyo, pero detrás existiera otra persona. ¿Me comprendes?

—Sí, creo que sí.

—Bien... iremos directamente a casa. Intentaré llamarla otra vez desde mi apartamento.

Consultó el reloj.

Las 10,50 minutos.

El asesino del traje oscuro y coche robado avanzaba por una amplia avenida sin demostrar demasiada prisa.

También en su reloj las manecillas marcaban las 10,50 y el segundero seguía inexorable midiendo el tiempo...

CAPÍTULO V

Entre las 10,45 y las 10,50, el teniente Harwey de la brigada de Homicidios sostuvo la siguiente conversación con la alterada Maggie.

Contra su costumbre, ella había encendido la luz de una lámpara de pie que daba a la habitación un aire más normal.

El policía, sentado en un cómodo sofá, comenzó a hacerle unas preguntas.

—¿Las voces que oyó eran de hombre o de mujer?

—Hablaban muy quedamente, como quien teme ser oído, pero pienso que eran de hombre. No sé, tal vez por la forma de expresarse.

—¿No pudo captar ningún domicilio? ¿No hablaron de algunas señas en particular?

—No, teniente.

—Ni nombre.

—No... Bueno, el que parecía pagar para que mataran... dio unas iniciales.

—¿Qué iniciales?

—No sé... ¡Oh, sí! M. C.

—Esto es poco. De todos modos... —consultó el reloj—. Voy a hacer una comprobación.

Tomó el teléfono y se puso en contacto con la operadora.

Por su expresión, Maggie creyó comprender que el teniente tenía escasas posibilidades de lograr algo positivo.

—Es terrible pensar que un asesino tal vez esté acechando ya a su víctima.

El teniente hablaba ya con la operadora.

—Oiga. Aquí el teniente Harwey, de Homicidios... ¿Qué hay de ésa avería?

—La han localizado, señor.

—Bien. Durante el período que dura una de esas averías es frecuente que se crucen las líneas, ¿es cierto?

—Sí, suele ocurrir a veces aunque no siempre.

—¿Con todos los teléfonos?

—Perdone. No comprendo.

—Quiero decir si el cruce tiene que producirse forzosamente con los teléfonos de la misma central o puede ocurrir con cualquiera de las otras centrales.

—Bueno... Para esto tendría que consultar al departamento técnico.

—¿Tardaría mucho?

—Cinco o diez minutos.

—Demasiado. ¿No hay algún precedente? ¿No recuerda usted el caso de otros cruces por avería en su central?

—No ocurre con frecuencia, pero desde luego hemos tenido averías.

—¿Y en estos casos recuerda si han habido quejas por los cruces?

—¡Oh, sí! Constantemente —repuso la muchacha de la central.

—Haga memoria. Vuelvo a repetirle la pregunta anterior. ¿Cuándo han localizado los cruces han sido entre teléfonos pertenecientes a la misma central?

—Espere un momento... Sí. Creo que sí... Cualquier teléfono afectado por la avería capta las conversaciones de otro de la misma línea.

—Comprendo, o sea que yo puedo escuchar en caso de cruce una conversación entre un abonado de un punto cualquiera de la ciudad que llame o reciba llamada de otro de esta línea.

—Sí, señor. Creo que es así, pero le repito que un técnico le informaría mejor.

—Gracias, por el momento me basta esto. Voy a darlo como probable. —Colgó y se volvió hacia Maggie.

Ella le lanzó una mirada interrogadora.

—Parece ser que una de esas dos personas que usted oyó llamaba de un teléfono adscrito a la zona periférica a la que pertenece su central. Claro que no sabemos quién de los dos es... No obstante... —pensó un momento y volvió al teléfono. Esta vez marcó directamente al puesto de policía.

Estableció comunicación.

—Bien, parece que se está arreglando —murmuró.

Contestó el sargento con su voz rutinaria.

El teniente le cortó.

—Soy Harwey... Mire en un momento la lista de fichados de nuestra demarcación, señas y números de teléfonos. Sólo los de nuestro distrito. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—Dese prisa. Es importante.

—¿Es referente a ese crimen, señor?

—Sí, Charlie. No pierda tiempo. Esto puede ser serio.

Colgó.

—¿Cree que existen posibilidades?

—Depende. Carecemos de datos suficientes. Si supiéramos de dónde partió la llamada y qué teléfono la captó... Quiero decir que de la conversación uno tenía que utilizar un número de esta línea.

—Sí, claro...

—Si un hombre paga a otro para que cometa el crimen, éste sólo se puede evitar no descubriendo al que da la orden de asesinar sino al asesino. Si el asesino perteneciera a nuestro distrito podríamos intentar una batida reforzando la vigilancia de las patrullas, pero aun así ignoramos el lugar donde debe cometerse el crimen y esto vuelve a poner las cosas tan oscuras como al principio.

Apenas había terminado de hablar repiqueteó el timbre del teléfono que contestó el propio teniente Harwey.

El sargento le pasaba la información facilitada.

Le dio varios nombres. Todos tenían señas, claro que algunas podían ser distintas de las actuales.

El teniente ordenó:

—Que cualquier dotación de los coches se aleje de la zona y llame a los números de esos individuos, pero fuera del sector de nuestra central telefónica. La señorita Chalmers permanecerá a la escucha para ver si capta la llamada.

Colgó y volvió a establecer contacto con la central.

Al ponerse la operadora pidió.

—Retrasen cinco minutos el arreglo de la avería.

—¿Cómo?

—Sólo cinco minutos. Es para efectuar una comprobación.

—Bien, pasaré su petición a la sección técnica.

El policía colgó.

En su reloj, las manecillas señalaban las 10,52 minutos.

El asesino detuvo su coche en una esquina.

Las luces de los edificios de la zona residencial estaban casi todas apagadas.

El asesino cerró cuidadosamente la puerta del coche robado y caminó lentamente hasta un callejón.

Caminó en medio de la oscuridad taladrada únicamente por el farol de la entrada de la calleja.

Se detuvo junto a la puerta.

Correspondía a la parte lateral de un edificio y era utilizada para los servicios de mantenimiento de ambiente, calefacción, refrigeración, servicio eléctrico, etc.

Pero por aquella puerta se podía llegar hasta la escalera principal y subir a los pisos.

El futuro asesino introdujo una llave en la puerta y el cerrojo se corrió.

Pasó al interior y cerró de nuevo.

El asesino se movía con extremado sigilo. Sus zapatos de suela de goma no producían el menor ruido y su andar era ágil, a pesar de no demostrar excesiva prisa.

CAPÍTULO VI

A las 10,57 de la noche, Max y Alan llegaban frente a la puerta del edificio de apartamentos.

Max miró hacia lo alto y contó diez plantas.

—¿Cuáles son las ventanas del apartamento de Maggie? —inquirió.

—Las dos últimas, antes de la esquina —repuso Alan—. Desde aquí no se ve nada... Pero hay luz.

—Sí. Hay luz —repuso Alan.

—¿Dónde estabas cuando viste la sombra del hombre detrás de las cortinas?

—¿Cómo?

—Dijiste que habías visto una sombra... Desde aquí sólo es posible ver la luz.

—¡Oh, sí! Me fascina tu inteligencia, Max... ¿Acaso crees que te mentí?

—Perdona. Es como si estuviera metido de lleno en mi trabajo. Me gusta puntualizar bien las cosas.

Alan asintió y señaló la calle transversal que desembocaba en frente del edificio.

—Mira —dijo.

—¡Oh!

—Viniendo por aquí en coche se ve perfectamente casi todo el edificio... y por supuesto las ventanas del apartamento de Maggie.

—Sí, sí, comprendo.

—Había anochecido y yo venía por esa calle, miré y vi la sombra del hombre. ¿Satisfecho?

—Del todo. Desde lejos puede verse. Conforme.

—Anda, vamos a tomar esa copa. Llamaré a Maggie. Tal vez sea el momento clave para conseguir su perdón.

—Sí. Creo que por lo menos debes intentarlo.

Alan introdujo una llave en la cerradura del portal.

La puerta era una doble hoja de cristal de seguridad.

Se abrió sin el menor ruido y los dos hombres pasaron para dirigirse directamente al ascensor.

—Vamos a hacer esa reconstrucción —dijo Max mientras el elevador ascendía hacia la planta número 12.

—¿La reconstrucción? —inquirió Alan.

—Sí. La de tu tropiezo con el hombre que se supone salía del apartamento de Maggie.

—De acuerdo.

—¿Es igual tu planta que la de ella?

—Sí. Todas son iguales.

—Me refiero a los escalones de la puerta.

—Idénticos. Tú mismo podrás comprobarlo.

—Bien. ¿Se puede apagar la luz?

—¿La del corredor?

—Sí.

—Sí. Hay un conmutador en la escalera, para las posibles averías.

—¿Se podrá apagar?

—Desde luego.

—Entonces, vale. Lo haremos ahora mismo.

El ascensor se detuvo en la planta doce, las puertas automáticas se descorrieron y los dos hombres salieron al pasillo.

—La puerta está ahí —señaló Alan.

A unos diez metros del ascensor estaba la puerta metálica que comunicaba con la escalera.

Alan se dirigió hacia allí.

Al abrir comprobó que tras un rellano de unos cuarenta centímetros existían dos escalones que descendían. Lo examinó brevemente.

—Es como me imaginaba —dijo el detective.

—La luz... —murmuró Alan señalando una caja de fusibles que estaba en el rellano principal.

—Apágala.

—Espera. Sacaré mi linterna.

—¿Se apagará todo el edificio?

—No, Max... Cada corredor tiene sus fusibles individuales.

—Entonces apaga.

Alan extrajo una pequeña linterna continua del bolsillo, la encendió y abrió la caja. Quitó un fusible y el corredor quedó a oscuras.

—La escalera —dijo Max.

—¿Cómo?

—La luz de la escalera.

—¡Oh, sí! Lo vamos a dejar todo a oscuras. Menos mal que la escalera la utilizaba poca gente.

Buscó otro fusible y su correspondiente interruptor.

Quitó la luz.

Los dos hombres quedaron completamente a oscuras.

La linterna de Alan enfocó plenamente el rostro de Max.

—Perdona. Voy a situarme donde estaba aquella noche. Tú dirígete al corredor. Hacia la tercera puerta, es la que cae sobre el apartamento de Maggie. Sólo que dos pisos más arriba.

—De acuerdo.

Alan se alumbró con la linterna y se quedó en los dos escalones previos a la puerta que comunicaba con el corredor.

Max sonrió.

—Espero que no nos tomen por maleantes.

—A estas horas todo podría ser. Pero éste es un barrio muy tranquilo. La gente trasnocha poco.

Max caminó hasta la tercera puerta.

—Aquí —susurró Alan.

La buena acústica permitió a Max oírle perfectamente a pesar de que Alan empleó un tono muy bajo al hablarle.

—Apaga la linterna —murmuró Max en voz baja.

Alan obedeció.

—Ya puedes venir —dijo.

Max empezó a caminar murmurando:

—Ponte donde estabas.

—Bajaré un escalón.

—Hazlo.

—Ya está.

—¿Puedes verme?

—Sólo distingo una sombra. Igual que la otra vez.

—Estoy muy cerca.

—Sí.

Max llegaba al umbral de la puerta y se detuvo un instante.

—Un momento. La puerta tiene doble batiente.

—Sí.

—¿Cómo la tienes?

—Abierta.

—¿La sostenías con las manos?

—Sí, con una mano.

—Hazlo.

Alan lo hizo.

Max cruzó el umbral.

Vio la sombra y trató de esquivarla.

Rozó con Alan con el hombro.

—No. No fue así exactamente —repuso Alan.

—Yo te he visto.

—¿Mi sombra?

—Sí. Y lógicamente he tratado de esquivar. Si el que salía del apartamento de Maggie te vio trataría de hacer lo mismo.

—Algo ha fallado.

—Empecemos de nuevo.

—¡Espera! Tal vez estaba más al centro.

—Conforme. Ponte en el centro. Retrocederé unos pasos —repuso Max.

Lo hizo.

Alan volvió a coger la puerta y pensó unos instantes.

—Espera.

—¿Qué?

—Ya lo recuerdo.

—¿El qué?

—Yo estaba a un lado, pero por un momento la sombra se me borró. Es difícil ver en la oscuridad.

—Sí.

—De repente me puse en el centro, por eso choqué con el hombre.

—Hazlo.

Y Max quedó a un lado.

Esperó.

Al cruzar Max con él chocaron de forma más violenta.

—¿Así?

—Más o menos.

Alan iba a separarse.

—¡No te muevas! —exclamó Max.

—¿Por qué?

—Recuerda... Estamos averiguando la estatura del hombre.

Piensa.

—Es difícil, espera:

—No, Alan. Entonces no tuviste tanto tiempo para pensar.

—Es cierto. Fue solo un momento fugaz.

—Concreta. ¿Cómo era el hombre?

—No sé... Más o menos como tú.

—Yo estoy un escalón más alto.

—¡Calla! —susurró de pronto Alan.

—¿Qué?

—Alguien sube la escalera. Voy a encender la luz.

Se separó de Max, con la ayuda de la linterna fue al conmutador.

Dio la llave de la escalera.

El rellano se iluminó, seguidamente al dar al conmutador del corredor, éste quedó también iluminado.

Max asomó por el hueco.

—No veo a nadie.

—Me pareció oír pasos.

Alan descendió unos escalones y miró.

No. No había nadie.

—Bien... ¿Continuemos? —inquirió Max.

—No... Más o menos fue así... Intentó recordar la altura del hombre. Es difícil. Tropecé simplemente con un cuerpo.

—Me hablaste de cierto aroma.

—Sí... Excepto que no iba perfumado como tú —sonrió Alan.

—Yo no voy perfumado. Simplemente me tomé una ducha antes de venir y me apliqué un desodorante.

—Claro. El olor era distinto. No sabría cómo decírtelo. Quizá se me ocurra mientras tomamos esas copas.

—Vamos.

Alan volvió a mirar por el hueco de la escalera. Max aguardó tranquilamente en el umbral de la puerta sosteniéndola abierta y mirando hacia el vacío corredor.

—Vamos —dijo a su vez Alan.

CAPÍTULO VII

Durante el tiempo que pasó en la prueba efectuada por Alan y el detective, Maggie sentía crecer su impaciencia.

Esperaba la llamada telefónica de prueba.

No osaba siquiera a mirar el reloj.

El tiempo se echaba encima y ella lo sabía.

Evitar el crimen era prácticamente imposible.

Sonó el teléfono.

La voz del teniente que había regresado a la brigada se oyó a través del hilo.

—Señorita Chalmers.

—Sí.

—Están efectuando varias llamadas a la comisaría. ¿Oye algún cruce?

—No.

—Voy a colgar. Manténgase atenta al aparato.

—Sí, teniente.

El policía colgó.

Ella permaneció con el auricular pegado a la oreja.

No oía absolutamente nada, excepto el zumbido que daba la señal para marcar.

Esperó.

No se atrevía a consultar el reloj pero no ignoraba que las once estaban próximas a sonar.

Lanzó un suspiro como si quisiera soltar todo el aire acumulado.

De pronto creyó escuchar un rumor.

Una voz dijo a través del hilo:

—¿Central?

Otra replicó:

—Aquí, teniente Harwey —repuso la voz del policía desde su despacho de la brigada.

Las palabras llegaban perfectamente claras a los oídos de Maggie.

—Efectuando las pruebas ordenadas —dijo el que había hablado primero.

—Deme su situación, sargento Markow.

—Hablo desde la cabina pública de un bar llamado Topaze, en Lexington Square.

—Perfectamente. Es suficiente, cuelgue —repuso la voz del teniente.

Lexington Square quedaba fuera del circuito de la central a cuyo número pertenecía el de Maggie.

Ella escuchó perfectamente el chasquido de ambos auriculares al colgar.

Colgó el suyo a su vez.

Esperó unos instantes.

Enseguida zumbó el teléfono.

—¿Diga?

La voz del teniente sonó del otro lado.

—¿Ha oído algo?

—Sí, teniente.

—Entonces hay cruce.

—Sí. He escuchado perfectamente su conversación.

—Vamos a efectuar otra prueba. Ahora seré yo quien llame, quizá consigamos establecer si el cruce procede de una llamada de fuera de la central, o de quien llama desde dentro. ¿Comprende?

—Creo que sí, pero dese prisa.

El teniente colgó.

Entonces ella impasible no pudo por menos que echar la vista al relojito que estaba sobre la mesa.

¡Las once menos dos minutos!

Imposible llegar a tiempo para evitar el asesinato.

Sintió que el calor corría por sus sienes en forma de gruesas gotas de sudor. Jamás como entonces había sudado.

—Un cruce —dijo en voz alta—. Y uno de los teléfonos procedía de esta demarcación. Tal vez el asesinato se produzca en este mismo barrio.

Sintió un escalofrío.

—¡Oh en esta misma calle!

Pensó en las iniciales.

—¡M. C.!

Dirigió su sillón hacia la ventana para respirar un poco de la brisa nocturna.

—¡M. C.! —repetió.

Volvió hacia la mesita.

Tomó apresuradamente el listín telefónico.

—¡M. C.! —se repetía.

Sus pensamientos corrían más veloces que las manecillas de su reloj.

El asesino llegó a un rellano, saliendo de un ascensor de puertas automáticas.

El ala de su sombrero oscuro le caía casi sobre los ojos.

Andaba tranquilamente hacia la puerta de uno de los apartamentos.

Parecía conocer de antemano su destino.

Sus manos ágiles buscaron algo en el bolsillo derecha de su pantalón.

Extrajo unas llaves.

La puerta tras la cual estaba su víctima la tenía a menos de veinte pasos.

Consultó su reloj.

Faltaba un minuto para las once.

Su puntualidad era extremada.

Los ojos de Maggie recorrían el listín.

—M. C.

¡Qué tontería pensar que el asesinato pudiera cometerse en el mismo barrio! ¡En la misma calle!

«Martín, Martín, Martín», buscó ávidamente.

—No, primero la C. C. de Carroll, de Calbert, de...

Sintió un escalofrío.

—¡O de... Chalmers!

M. C.

¡M... C.!

¡Margaret Chalmers!

—Yo... —balbuceó entre dientes.

Tomó el teléfono sin apenas fuerzas.

A sus oídos llegó una conversación.

—¡Eh, Chris...!

—¿Eres Lewis?

—¿Quién iba a ser?

Golpeó furiosamente el soporte para obtener línea, pero el cruce se lo impedía.

—¡Lewis! Te hemos estado esperando. Dora pensó que no queríais venir.

—Tenemos a la pequeña enferma. Anginas. ¡Figúrate! Anginas en este tiempo. Es como para fastidiar a cualquiera.

Ella seguía golpeando el teléfono.

—¡Señorita, señorita!

—¡Lewis! ¿Podemos hacer algo por ti?

—Lamento haberos estropeado la fiesta.

—No te preocupes por esto.

¡Aquellas voces! ¡Aquella conversación! ¡Otro maldito cruce que le impedía hablar con la policía!

M. C. ¡Era ella!

—Operadora, operadora. Necesito hablar con la policía.

No conseguía establecer la comunicación.

El maldito Lewis y su hija enferma... ¿Quién sería Lewis?

¡Qué le importaba a ella!

El asesino introdujo la llave en la cerradura con tanto sigilo y pericia que ni siquiera rozó los bordes.

Faltaban cuarenta segundos exactamente para las once.

—Operadora, operadora.

—Eso de las anginas no es problema. Pon a tu hija uno de esos supositorios... Los encontrarás en cualquier *drugstore*.

—Ya lo hemos hecho, Chris... Espero que le baje la fiebre.

¿Por qué no terminaban de hablar aquel par de pelmazos?

CAPÍTULO VIII

—Es inútil. Comunican —dijo Alan colgando el teléfono.

—Entonces baja. Seguramente estará el teléfono estropeado. Puesto que hemos visto luz, es que ella está despierta.

Alan consultó su reloj.

Las once menos treinta segundos.

—Bien... Si no te molesta esperarme.

—En absoluto.

—Sírrete lo que quieras —y Alan le indicó el bien provisto bar.

—Gracias. Ya sabes que bebo poco.

Alan se dirigió hacia la puerta.

—Deséame suerte.

—Te la deseo —repuso Max.

Salió al corredor.

A buen paso se dirigió hacia la puerta que comunicaba con la escalera.

Comenzó a descender los peldaños.

Quizá en aquellos instantes Alan ignoraba hasta qué punto había llegado la angustia de la mujer a la que iba a visitar.

Se detuvo un instante en el rellano de la décima planta.

Dudó.

Consultó el reloj.

Eran las once en punto.

Las once en punto.

El asesino penetraba en el *hall* de la casa sumida en la penumbra.

Sus zapatos de suela de goma no hicieron el menor ruido sobre las baldosas.

Avanzó hacia la puerta que comunicaba con el *hall*.

Un primer plano de su rostro captado en aquel instante por un

experto *cameraman* habría dado la medida justa, la expresión exacta del asesino que se dirige a cumplir su trabajo de un modo frío, calculador, sin la menor emoción.

Miró un momento hacia el amplio *hall* sumido en la penumbra.

Al fondo había un sillón de ruedas.

Sonrió entre dientes.

La mujer que estaba sentada en aquel sillón permanecía inmóvil, con la mirada ausente.

Alan decidió avanzar por el corredor hasta la puerta del departamento de su novia. O tal vez... ¿De su exnovia?

Ahora sus pasos eran más vacilantes.

Parecía como si no osara andar más aprisa.

Algo le atenazaba las piernas.

Su lentitud en el andar llegó a hacerse exasperante.

Al fin, llegó hasta la puerta del apartamento de Maggie.

Buscó en su bolsillo la llave, luego pareció recordar que ya no la poseía y su índice se acercó al timbre de campanilla.

Maggie escuchó un ruido en el *hall*, pero estaba demasiado nerviosa. Demasiado atarida y su obsesión era sólo el teléfono. Llamar al teniente. Hacerle partícipe de su descubrimiento.

¡M. C.! ¡Margaret Chalmers!

Descolgó de nuevo.

El cruce había cesado. Los dos hombres que sostenían la conversación segundos antes habían colgado.

—Con la policía, con el teniente, deprisa. Con el teniente Harwey —exclamó con voz agitada.

De nuevo algo crujió en el *hall*.

El teniente no contestó lo deprisa que ella quería. Sin querer sus ojos se posaron sobre el reloj de la mesita.

Pasaban unos segundos de las once.

Unos segundos.

El asesino avanzó hacia su víctima.

La muchacha, en la silla de ruedas, gritó. Se desvaneció. El asesino la cogió entre sus manos y se acercó al ventanal.

Ella, desvanecida, no se daba cuenta de nada.

Su rostro quedaba oculto en la penumbra.

Tampoco el rostro del asesino hubiera podido ser descrito con la escasa luz de la estancia.

El asesino miró hacia la calle. La altura era considerable.

Levantó un poco más el cuerpo desfallecido de su futura víctima y lo sacó al exterior.

Lo dejó caer.

La mujer se hundió en el vacío.

El asesino había sido puntual...

Bueno... tal vez el retraso había sido sólo de segundos...

La mujer cayó en la calle sin darse cuenta de que acababa de ser asesinada.

Sonó un golpe sordo, como el de una sandía al chocar contra el suelo y reventarse.

Entonces el asesino se dirigió hacia el cuarto de baño para buscar lo que acababa de ganarse. La mitad de lo que acababa de ganarse.

Bajo la pila del lavabo encontró el fajo de medios billetes.

Sí. Era justo el importe estipulado por su trabajo.

CAPÍTULO IX

—Teniente, teniente —gritó Maggie.

—Cálmese, señorita Chalmers.

—Teniente. Yo soy M. C. ¿No se da cuenta, Margaret Chalmers?

—Tranquilícese, señorita.

—Es que...

—Usted no debe temer nada.

El teniente consultó el reloj.

Eran las once y tres minutos.

—¿Cómo?

—Uno de nuestros coches patrulla ha recogido a una mujer...

Parece que ha caído desde el piso séptimo de una casa de apartamentos. Según uno de los vecinos se llamaba Marina Colbert.

—¿Marina...?

—Sí. M. C.

—¡M. C.!

—Se trata de una inválida; es joven... En principio parece un suicidio, pero dadas las, circunstancias puede que se trate de un crimen. Lamento no haberlo podido evitar.

Ella lanzó un suspiro.

Hasta entonces no advirtió que el timbre de campanilla estaba sonando con alguna insistencia.

—Perdone, teniente, están llamando a la puerta.

—Adiós, señorita. Siento que su descubrimiento no haya servido de nada, aunque ahora, si se trata de un crimen, tal vez sea posible descubrir al asesino, buenas noches.

—Buenas noches, teniente Harwey.

El timbre volvió a sonar.

Ella acudió a la puerta en cuyo umbral apareció Alan.

—Maggie. Creí que te ocurría algo. Regresé con Max y vi luz.

Ella le miró un instante. Conservaba todavía en su rostro

aquellos segundos de angustia que había vivido. Segundos que le parecieron eternos.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, Alan, ya nada. Pasa.

El entró tímidamente.

—¿De veras no te ocurre nada?

—Ya no.

—Parece como si... En fin, lamentaría importunarte.

—Ojalá..., ojalá hubieses venido antes —murmuró en un arrebató de sinceridad.

—¡Maggie! Me alegra que digas esto. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Una tontería, Alan. Creo que no tiene importancia. Empecé a pensar cosas y... ¡Por favor! Dame algo de beber.

—Sí, claro.

Alan se dirigió hacia la mesita donde ella guardaba algunas botellas.

—¿Algo fuerte?

—Un *whisky*. Doble o triple.

Alan arqueó las cejas.

—No. No me he dado a la bebida —sonrió ella de un modo forzado todavía sin haberse recuperado.

El le sirvió un trago.

—¡Maggie! Me gustaría que confiaras en mí.

Ella aguardó a que Alan le sirviera el vaso.

Tomó un largo sorbo y lanzó un suspiro.

Pareció más calmada.

—¿No puedo hacer nada por ti?

—Alan. Esta noche a las once, han asesinado a una mujer.

—¿Eh?

Instintivamente, Alan consultó su reloj.

—Pero..., ¿cómo puedes saberlo? Son sólo las once y cinco minutos. Me has tenido casi tres minutos esperando.

—Es una larga historia. En realidad no es muy larga. Empezó cuando tú te marchaste. Había un cruce en el teléfono.

—¿Un cruce?

—Sí. Escuché una conversación... Bueno. Perdóname ahora. Quiero descansar. Necesito un somnífero.

—¿No quieres decirme lo que te ocurre?

Ella vaciló.

—Confía en mí. Yo te quiero, Maggie.

—No hablemos ahora de esto.

—Como quieras.

—Está bien, siéntate. Creo que necesito hablar con alguien.

—Me alegra que ese alguien sea yo.

Alan tomó asiento cerca de la muchacha.

Ella empezó a relatar la breve historia desde que captó las voces a través del teléfono.

Alan permaneció en silencio escuchándola, sin interrumpirla en absoluto.

Max permanecía todavía en el apartamento de Alan.

Desde el ventanal miraba a la calle.

Su rostro se mostraba adusto, grave. Parecía estar pensando algo de honda trascendencia.

Consultó el reloj.

Eran las once treinta.

Miró alrededor y vio una mesita.

Se acercó para buscar algo con qué escribir.

Abrió un cajón y extrajo de él un bloc en blanco. Dentro había también bolígrafos y lápices.

Tomó el bloc y un bolígrafo y anotó:

Alan:

«Supongo que os habréis reconciliado. Te llamaré mañana. Son las 11,30 y me está entrando sueño».

Arrancó la hoja del bloc y buscó un sitio visible donde dejarla.

En el bar.

Volvió a la mesita para guardar el recado de escribir.

Lo dejó.

Se fijó en un *dossier* y en los papeles que estaban revueltos por el cajón.

Era detective y no podía tildársele de curioso que le gustara curiosear.

Se fijó en algo que no pudo leer enteramente pero que por su formato y la forma de las letras le era familiar.

Lo extrajo.

Era una póliza de un seguro de vida en vigor.

La ojeó por encima.

La póliza llevaba la firma de Alan y estaba extendida a su nombre como titular.

Miró el nombre del beneficiario.

Margaret Chalmers.

Se fijó en la fecha.

12 de julio de 1969.

Algo más de un año.

Pensó en el accidente de Maggie.

Había tenido lugar pocos días después.

Enarcó las cejas y por fin guardó la póliza en el cajón dejándolo todo más o menos como estaba.

Se dirigía hacia la puerta cuando alguien dio la vuelta a la cerradura.

Se quedó quieto.

En el umbral apareció Alan.

Se quedaron mirando.

—Ahora me iba —dijo Max—. Te había dejado una nota.

—Me he retrasado.

—¿Habéis hecho las paces?

—No sé. A medias. Maggie necesita a alguien. Está asustada. Teme que le ocurra algo.

—¿Todavía?

—Sí.

—A propósito, Alan. Tienes un seguro de vida, ¿verdad?

—Sí.

—Y la beneficiaria es Maggie, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes?

—No es que sea adivino, pero busqué algo para escribir y...

—¡Oh, sí! No soy muy bien ordenado. Está en el cajón.

—Sí.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

—Íbamos a casarnos y decidí hacer el seguro. Me gusta ser previsor. No sería el primer marido que muere durante la luna de miel.

—Una póliza de medio millón de dólares.

—Sí.

—No hay nada malo. Excepto la prima.

—Un poco elevada, pero...

—Comprendo.

Se quedaron de nuevo en silencio.

—¿Qué te ocurre? ¿A qué vienen esas preguntas?

—Simple curiosidad. Supongo que ella tendrá un seguro.

—Lo hicimos al mismo tiempo. Yo le hablé de ello y Maggie dijo que no quería ser menos.

—Y naturalmente tú eres el beneficiario.

—Sí.

—¿De cuánto es el seguro?

—Exactamente de la misma cuantía que el mío.

—Medio millón. Bonita cifra.

—¿Qué estás pensando?

—En nada, Alan. Te aseguro que no estoy pensando en nada —
repuso Max.

CAPÍTULO X

Al tercer día de la muerte de aquella muchacha joven e inválida llamada Marina Colbert, la noticia todavía coleaba en los periódicos:

«La policía no da por descartado de lo que aparentemente pareció al principio, un vulgar suicidio, pudo ser un crimen cometido por un asesino profesional».

Seguía un artículo más o menos documentado que Maggie leyó sin pestañear.

En otras circunstancias, aquel hecho le hubiera parecido trivial, y hasta quizá le hubiese pasado inadvertido, pero el caso lo consideraba casi como algo suyo, muy suyo, aunque afortunadamente, no llegó a ser la protagonista.

Se dirigió al teléfono con el cochecito de ruedas para llamar al teniente.

—Soy Margaret Chalmers.

—¿Qué tal, señorita?

—Perdone mi curiosidad, pero me gustaría saber si han averiguado algo respecto a..., ya sabe usted.

—¿Le interesa mucho, eh?

—La verdad es que sí. Yo oí aquellas voces y todavía no puedo quitármelas de la cabeza.

—Ya no hay avería en la línea, no hay cruces, puede estar tranquila.

—Sí, sí. Lo estoy.

—Referente al caso, comprenda que no es costumbre informar. Hemos dado alguna referencia a los chicos de la Prensa y estamos realizando algunas investigaciones. Es todo lo que puedo decirle.

—Perdone una vez más mi curiosidad.

—De nada, señorita. Y no dude de que si este caso se trata de un asesinato detendremos al culpable, su información no habrá resultado del todo en vano.

—Bien. Me alegraría, aunque fuera tarde para devolver la vida a esta desgraciada.

Pensó en sí misma. Estaba en idéntica situación que la víctima, sentada en una silla de ruedas, indefensa.

—¿Está todavía ahí, señorita Chalmers? —dijo la voz del teniente.

—¡Oh, sí, perdone!

—Bien. Este caso tal vez habría quedado como simple suicidio, pero con su información lo llevamos adelante, ya ve que sus informes no han caído en saco roto.

—Adiós, teniente.

—Adiós, señorita Chalmers.

Colgaron.

En algún lugar alguien había escuchado también aquella conversación a través de un teléfono.

Era un sitio oscuro y el hombre que con el auricular pegado a la oreja había interceptado aquella conversación se dirigió hacia el lugar donde el cable de la red telefónica tenía el empalme que le había permitido oír todo lo que Maggie y el policía habían dicho.

Desconectó el auricular quitando la clavija y lo metió en una pequeña caja empotrada en la pared de ladrillo.

Dentro de la caja existía un magnetófono.

Manipuló un botón y lo dejó en funcionamiento, de manera que la cinta no se moviera.

Un dispositivo especial hacía girar la cinta tan pronto como el teléfono de Maggie entrara en comunicación.

El hombre, siempre moviéndose en la oscuridad, empalmó el cable al pequeño aparato magnetofónico y ocultó el cable entre las ranuras formadas por los ladrillos.

Aun con luz, de no mirar de una forma expresa, habría resultado muy difícil descubrir aquel empalme.

El hombre avanzó por la estancia que olía a humedad y se dirigió hacia una puerta que comunicaba con una mal iluminada escalera interior.

Cerró dejando el lugar completamente a oscuras.

Era un sótano.

Podían verse calderas, instalaciones y todo lo común que los grandes edificios para su confort tienen instalado en el subsuelo, incluyendo la red telefónica.

Maggie permanecía en la ventana mirando hacia la calle con un libro en el regazo.

El calor se dejaba sentir a pesar de que a la altura de la planta décima del edificio corría una ligera brisa.

Sonó el timbre y cortó los pensamientos de la muchacha que pareció volver de un largo letargo.

Fue a abrir. Era Max.

—Pasa —sonrió ella.

Parecía feliz de verle.

—Hola, Maggie.

—Me alegro de verte.

—En realidad quería hablar con Alan, pero no le he localizado ni en su oficina ni en su casa y me dije que... bueno, tal vez acabaría por hacerte una visita.

—No le he visto en estos dos últimos días.

—¿No?

—Está muy atareado.

—¿Habéis hecho las paces?

Ella volvió el rostro hacia la ventana como si no quisiera contestar a aquella pregunta.

—Tal vez he sido indiscreto.

—No, Max. No lo has sido. En realidad, ¿de qué serviría hacer las paces?

—Entonces..., ¿sois amigos simplemente?

—Sí. Es mejor dejarlo así.

—Comprendo.

—No, Max. No puedes comprender lo que se sienta estando como yo estoy, postrada en este sillón.

—Me hago cargo.

—No hablemos de esto. No me gusta autocompadecerme. Supongo que debo aceptar las cosas. Tal vez me dedique a hacer labores para alguna institución benéfica de esas que cuidan de los huérfanos o de los hijos de madres solteras.

El se limitó a sonreír.

—¿Quieres tomar algo? Hay algunas botellas en esa mesita. —Y señaló hacia un ángulo de la estancia.

—Gracias, no bebo. —Miró alrededor como si no encontrara las palabras para proseguir una conversación.

—Tienes..., tienes un apartamento muy bonito —dijo para decir algo.

—Como el de Alan. ¿No lo viste? Todas las casas son iguales.

—No. No lo vi. Sólo estuve en la sala de estar, pero me gusta más tu decoración.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa si quieres.

—Me gustará.

Ella avanzó con el sillón.

—La cocina. Tiene un cuarto para la doncella.

—¿Dónde tienes a tu asistenta?

—No está. Tiene una hija y se ha puesto enferma. Así que sólo viene por las mañanas para limpiar y dejarme la comida preparada. Por la noche hago que me la suban del restaurante.

—¿Y estás sola casi todo el tiempo?

—Sí.

Se hizo un silencio. Maggie, por delante de Max, pasó al lado opuesto de la sala y mostró:

—El dormitorio para invitados, un baño y mi habitación.

Abrió la puerta.

—Esto es todo.

Max miró el cuarto.

—Al fondo está el baño privado.

—Todo está muy bien —murmuró él.

Ella consultó el reloj con cierto nerviosismo.

—Sí. Muy bien —repitió Max mirando como si fuera un experto en decoración.

—¿De veras no quieres tomar nada? Yo sí. Un *whisky*. Un *whisky* pequeño.

—Bueno, haré una excepción para que no bebas sola.

—Yo lo preparo.

—Como quieras.

Se quedó en el umbral que daba acceso a las puertas de los dos dormitorios y del baño común.

Ella volvió a consultar el reloj.

—¿Esperas a alguien?

—¡Oh, no! No espero a nadie. Yo nunca espero a nadie.

Preparó las bebidas de espaldas a Max.

—¿Mucho hielo? —preguntó.

—Con agua simplemente —repuso él.

—Tengo que ir a la cocina.

—Iré yo —repuso él.

—No, no. No puedo andar con mis piernas, pero estas ruedas me llevan a todas partes.

Se dirigió hacia la cocina.

Buscó un jarrón. Estaba algo lejos de su alcance y se esforzó por incorporarse.

En su rostro se dibujó un gesto de dolor, de desolación quizá, o de desespero.

Tardó en reponerse.

Volvió a extender los brazos hacia el estante.

Al fin consiguió coger el jarrón y lanzando un suspiro se dirigió hacia el depósito de agua depurada. Llenó el recipiente y salió de nuevo.

Max la observaba.

—Estás más hermosa que nunca, Maggie. —Gracias.

—De veras. No es cumplido.

—¿Mucha agua?

—No.

El la miraba como un enamorado, como quién se siente herido por primera vez en el corazón con una de esas flechas dulces, inesperadas.

—¿Qué miras? —murmuró ella algo turbada.

—Nada. Dame ese *whisky*, brindaremos por... bueno, con *whisky* no suele brindarse, ¿verdad?

—Se puede brindar con cualquier cosa.

El alzó la copa.

Ella miró disimuladamente su reloj.

Max tomó un sorbo.

—Espero no molestarte.

—¡Qué tontería!

Entonces sonó el timbre.

Max miró hacia la puerta. Ella pareció contrariada, pero disimuló.

—No sé quién puede ser.

—¿Quieres que abra?

—Iré yo misma.

—De todos modos yo me voy —murmuró él.

—¡Oh, no! Sea quien fuere no me estorbas en absoluto.

Avanzó hacia la puerta.

El quedó en el umbral entre la sala y el *hall*.

Margaret abrió.

En el dintel apareció la figura de un hombre, un hombre que no era desconocido para Max.

Se trataba de uno de los tres socios de Alan que había conocido tres noches antes.

Era Byrley.

—¡Oh! Exclamó. No sabía que...

Sin duda estaba sorprendido por la presencia de Max.

—Yo ya me iba.

Ella protestó.

—No es necesario, Max. Dan, es amigo de Alan.

—Nos conocimos la otra noche —repuso Max y añadió—: ¿Qué tal, Byrley?

—Bien, Max.

—Adiós, Maggie. Llamaré más tarde a Alan.

Y salió de la casa.

Byrley se volvió desde el umbral, y Max hizo lo propio mientras esperaba a que llegara el ascensor.

CAPÍTULO XI

El cielo comenzaba a teñirse de rojo con la llegada del crepúsculo.

Max salió a la calle y avanzó sin prisa hacia la esquina.

Desde el interior de un coche alguien le estaba observando cubriéndose el rostro con un periódico que fingía leer.

Max no pareció darse cuenta de ello.

Sin embargo al llegar a la esquina se volvió y oteó el panorama.

El deambular de la gente por la ancha acera de la calle residencial, los coches, los claxons, las primeras luces de neón que empezaban a encenderse en los establecimientos.

Cruzó la calle y se metió en un bar.

—Una cerveza —pidió.

Había un periódico sobre el mostrador.

Lo desdobló y pasó las páginas como si buscara algo determinado.

Se detuvo cuando halló la información sobre la mujer caída desde la ventana de su apartamento.

Leyó lo mismo que había leído antes Maggie.

—Su cerveza —anunció el barman dejándole la copa frente a él.

Max dejó de leer y su rostro se tornó pensativo.

Byrley miró a través de la ventana.

Maggie estaba detrás de él, callada.

El socio de Alan se volvió.

—¿Crees que Alan sospecha algo?

—A veces creo que sí —repuso ella.

—No me gusta que Max me haya visto.

—¿Por qué?

—No sé, pero no me gusta.

—Max es discreto.

—Pero es amigo de Alan.

—¿Y qué?

—Puede decirle, como cosa casual...

—¿Y aun así...? —murmuró ella.

—Preferiría que no... —Se detuvo sin concluir la frase.

—No debes preocuparte, Dan. No hay nada malo en que vengas a visitarme. Hasta cierto punto es lógico.

—Lo sería más si Alan lo supiera.

—Pero Alan no debe saberlo, ¿verdad? —preguntó ella de forma enigmática.

—No —repuso Byrley al cabo de un silencio—. No debe saberlo.

—Bien. Háblame. Dime cosas.

Byrley tomó asiento en un sillón frente al coche de ruedas en que se hallaba sentada Maggie.

Se miraron largamente.

El hombre que tres noches antes había cometido el asesinato se hallaba tendido en la cama leyendo un periódico.

Se levantó perezosamente para descolgar el teléfono que repiqueteó tres veces.

—¿Quién es?

Una voz replicó:

—¡Hola!

—¡Ah, es usted!

—Sí.

—Escuche. De lo hablado, nada absolutamente.

—¿Es que no te gusta mi precio? —replicó la voz.

—No es eso. Pero si lee los periódicos sabrá por qué no quiero hacerlo.

—¡Bah! No debes temer nada. La policía anda completamente despistada.

—Pero hablan de un asesino profesional.

—Tú no eres lo que se llama un profesional. Además, un asesino profesional es algo muy ambiguo. Hay muchos asesinos en esta ciudad. Algunos todavía no han debutado, lo son en potencia, otros hacen sus trabajos y jamás son descubiertos.

—Es que...

—No debes dejarte dominar por el pánico. Nadie te vio. Pueden buscar donde quieran. ¿Qué pruebas tienen? Di.

—De todos modos prefiero largarme.

—¿Tienes el resto de los billetes?

—Sí. Me han llegado por correo.

—¿Los has pegado?

—Sí.

—No se te ocurra gastarlos.

—Claro que no. No soy un imbécil. Sé que si cambiara un billete cortado y pegado podría despertar sospechas, pero el caso es que me estoy quedando sin blanca.

—Todo tiene sus compensaciones. Cuando hayas terminado todo el trabajo podrás irte y gastar tranquilamente tu dinero, lejos de aquí.

—No sé...

—Esta noche, amigo. No me defraudes. El dinero estará en el lugar de costumbre, debajo de la pila del lavabo. Toma nota de las señas.

El asesino escuchó con atención y tomó nota mentalmente, luego los dos comunicantes colgaron.

CAPÍTULO XII

Uno de los agentes adscritos a la brigada de Homicidios informó al teniente Harwey.

—No sé si puede tener algo que ver, pero... —sacó una nota y leyó—: Durante la noche en que Marina Colbert cayó desde su ventana el propietario de un coche matrícula de Pennsylvania que lo tenía aparcado en un solar denunció su desaparición exactamente a las diez y cuarenta y cinco minutos. Lo sé porque he echado una ojeada rutinaria a la lista.

—Siga.

—¿No quiere saber por qué he echado la ojeada, teniente?

—Oiga, no haga suspense conmigo. Resérvelo para cuando escriba sus memorias, agente de segunda Hansen.

—Disculpe, señor —pidió el agente perdiendo todo viso de optimismo.

—Siga.

—Verá. El agente de servicio del sector donde cayó la mujer, recuerda haber visto un coche de las características del desaparecido.

—¿Dónde?

—En la esquina del edificio, junto a un callejón. Cree recordar también que la matrícula era de Pennsylvania. Como no infringía ninguna ley ni conocía la denuncia no hizo el menor caso, era un coche más.

—¿Y qué?

—Bueno. El agente sigue diciendo que después de que la mujer hubo caído y mientras se acercaban los curiosos antes de aparecer nosotros el coche ya no estaba.

—Ya.

—El automóvil fue encontrado en el mismo lugar con la chapa que protege el contacto forzada. El propietario retiró la denuncia y

nos hizo saber ese detalle.

—¿Dónde está este solar?

—A unas seis manzanas de aquí. Es la nueva zona en construcción.

—Entra en nuestra jurisdicción.

—Sí.

—Posiblemente el asesino vive en esa zona y por eso la señorita Chalmers pudo escuchar.

El teniente quedó pensativo.

—Den una batida por allí, miren los ficheros y vean si vive algún sospechoso: Comprueben también los registros de los hoteles. Quiero una lista de todos los sospechosos.

—Sí, señor.

—No busquen especialistas en determinados delitos. Todos los sospechosos deben ser interrogados.

—Sí, señor.

El agente salió a cumplir la orden.

El sargento que tres noches antes estuvo de guardia entró con un expediente.

—¿Avanzamos, señor? —preguntó.

—Tal vez.

—Entonces..., ¿es crimen?

—Es muy posible, incluso que el criminal partiera de nuestra demarcación.

—¡Y pensar que al principio creí que se trataba de una loca! —exclamó el sargento.

—Atraque nos hubiera dado el aviso con dos horas de antelación hubiese sido imposible evitar lo sucedido, sargento. En principio ignorábamos dónde iba a cometerse el asesinato. Mandé reforzar la vigilancia. —Señaló el mapa donde un trazo irregular señalaba el sector correspondiente a su brigada.

—Ni aun dentro de nuestros límites. ¿Cómo es posible cubrirlo todo y descubrir al hombre que va a cometer un asesinato, sin saber quién es ni dónde se dirige?

Hizo una pausa.

—¿Cree que puede cometer otro? —inquirió el suboficial.

—Esto nunca se sabe, pero el mejor modo de evitarlo es intentando localizar al hombre que recibió la orden de matar —

repuso el teniente.

Eran las diez de la noche cuando Alan entró en el bar.

El local estaba situado en la calle ascendente que quedaba cortada por el edificio donde vivía el propio Alan y Maggie.

Los pequeños jardines de una casa retirada de la alineación normal permitían que desde el bar situado en el ángulo sur pudiera verse perfectamente las ventanas del edificio.

Max ocupaba una mesa y miraba hacia aquellas ventanas.

—Lo siento —dijo Alan—. No pude llegar antes.

—Te esperé un buen rato en otro bar. Nunca había calentado durante tantas horas los taburetes de los bares.

—Lo siento. Tenía que arreglar algunos asuntos y he estado en una reunión.

Max le miró con una sonrisa.

—Una reunión de verdad. No el Safari.

—A mí no me importa esto.

—¿Por qué no has venido a mi casa?

—Porque quería observar bien el edificio. Primero estuve en el otro bar.

—Ya lo has dicho.

—Cambié para no llamar demasiado la atención, aquí hay bastantes sitios desde los que se puede ver la entrada.

—¿Por qué? ¿Tienes alguna sospecha?

Max guardó silencio.

Alzó los hombros y murmuró:

—Quizá conozca al hombre con el que te tropezaste en la escalera.

—¿De veras?

—Digo quizá. Puede ser una coincidencia.

—¿Cómo lo has sabido?

—Estuve en casa de Maggie.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—¿Y él vino?

—Sí. Bueno, no sé si él es el que nos interesa.

—¿Quién es?

—El Casanova.

—¿Byrley?

—El mismo.

Alan frunció el entrecejo.

—Cuando le conocí en tu club no me pareció el prototipo de hombre capaz de entristecer a una mujer y meterle ideas pesimistas en la cabeza.

—No, por supuesto.

—Entonces quizá sea una coincidencia.

—Lo cual supondría que entre Byrley y Maggie... No continuó, pero Max le atajó:

—También me dijiste que el amigo de Maggie no era precisamente un amante.

—Eso me pareció.

—Entonces quizá se trata de una visita de cortesía.

—Byrley me lo hubiera dicho. Somos socios. No tendría por qué ocultar que visitara a Maggie. Es más, yo se lo agradecería.

—Si lo oculta tendrá sus razones.

—Es extraño. ¡Byrley!

—¿Por qué no?

—No sé, no sé...

—Intentaré averiguar el significado de esas visitas, los motivos... —terció el detective.

—Actúa con prudencia.

—Por supuesto.

—¿Qué vas a hacer?

—Dirigirme directamente a la interesada.

—¿A Maggie?

—Con tacto, claro. A veces una mujer necesita hacer confidencias.

—¿Por qué no me las hace a mí? —murmuró Alan como si hablara consigo mismo.

—Es difícil saberlo. En fin. Es todo lo que puedo decirte. Voy a seguir aquí un rato.

—¿Por qué?

—Curiosidad. Se ve bien la casa y quien entra y sale de ella.

—¿Es que temes que pueda ocurrirle algo, precisamente hoy?

—Hoy o cualquier otro día.

—¿Qué te hace sospechar tal cosa?

—Mira, Alan, tú viniste en busca mía para contarme toda esa

serie de cosas extrañas y yo me he tomado el asunto en serio. Hace tres noches murió una mujer que por extrañas circunstancias estaba en la misma situación que Maggie, y era joven como ella, y hermosa. Y hasta tenía sus mismas iniciales.

Alan miró al detective esperando que dijera algo más.

Como Max calló, Alan murmuró:

—¿Crees que puede tratarse de un maníaco?

—Tal vez. ¿Cómo estar seguro de nada? Ni siquiera sabemos si está en la lista de próximas víctimas.

—Bien, Max. Me alegro que colabores. Yo... Me gustaría compensarte.

—Olvidalo. Esto lo hago gratis.

—Pero...

—Te digo que lo olvides. En definitiva se trata de Maggie.

—Sí, claro. Comprendo —repuso Alan.

Salió del bar para caminar lentamente hacia la calle transversal.

Max siguió en la mesa, podía verle perfectamente.

Alan cruzó la calle y se metió en el portal.

Avanzó hacia el ascensor, pero luego pareció pensar en algo y optó por meterse por una puerta de la que arrancaba un estrecho y corto corredor cerrado al final por otra puerta.

Dio la vuelta al pomo y cedió.

Bajó una escalera hasta llegar a la planta destinada a garaje para los coches de los inquilinos.

Vio al vigilante dentro de una garita de cristal. Estaba leyendo un periódico.

Pasó por el otro lado y después de cruzar hasta el extremo abrió otra puerta que daba al callejón.

Comprobó que desde donde estaba Max no era posible ver el callejón, ni a nadie que utilizara aquella misma puerta para entrar.

Salió de nuevo a la avenida principal. Desde la esquina Max tampoco podía verle.

Consultó el reloj.

Eran las diez y veinte minutos.

Desandó lo andado y poco después se encontraba en su apartamento.

CAPÍTULO XIII

—Aquí tiene la lista, teniente. Fuera están los sospechosos y bastante impacientes por lo que usted mismo podrá oír.

En la sala principal de la brigada había más de veinte hombres de todas las edades y de todos los aspectos.

Todo el mundo gritaba a la vez.

Todo el mundo invocaba sus derechos.

—¡Hágales callar! —Gruñó el teniente.

—Esto es fácil de decir —sonrió el agente.

Harwey repasó la lista.

—Aquí hay viejos conocidos. Por ejemplo ese Rogoberti. ¿Qué hace ahora?

—Nada.

—¿Y Morton, y Sims?

—Éstos parece que trabajan.

—¿Quién es Johnny Pastrano?

—Un tipo que parece drogado. A veces uno piensa que es mudo y de repente suelta una sarta de palabrotas.

—¿Y ese Frank Abbod?

—Vive en una casa que va a ser demolida. El dueño alquila las habitaciones mientras todavía puede ganar algo.

—¿Fichado?

—¿Frank Abbod? No. Vino de Chicago, parece que no tiene oficio. Pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su cuarto y recibe algunas llamadas telefónicas. La casa está al lado del solar donde fue robado el coche. Por eso lo he anotado.

—¿Vamos a hablar con él?

—No está.

—¿Cómo que no está?

—Había salido. Ha quedado un agente de guardia por si vuelve.

El teniente consultó su reloj. Eran las diez y treinta y cinco

minutos.

Frank Abbod, de 28 años, estatura mediana, más bien alto, delgado aspecto normal, con su traje oscuro de verano y su sombrero del mismo tono.

Acababa de meterse en un coche pequeño, discreto, matrícula de Nueva Jersey.

Lo puso en marcha y arrancó sin prisa.

En su reloj eran exactamente las diez y treinta y seis minutos.

Maggie estaba cepillando su bien cuidada cabellera, sedosa, brillante.

Se encontraba frente al espejo de su baño particular.

Sin moverse de su sillón tomó el tarro de crema para aplicárselo al cutis.

—¿Por qué hago esto? —se preguntó hablándose delante del espejo.

Se limpió las manos con una toallita y luego se dio jabón para secarlas seguidamente.

Después colocó el sillón al lado de la cama y comenzó el ejercicio diario, el más doloroso y el más necesario a la vez.

Tenía que utilizar toda la fuerza de sus brazos para, apoyándose en los brazos del sillón, pasar a la cama.

Lo consiguió no sin que en su rostro embadurnado de la crema regeneradora se adivinaran las huellas del ejercicio.

Sentada en la cama comenzó a desnudarse, mientras sus piernas permanecían como muertas colgando a un lado.

Alan se deslizó por la escalera desde su apartamento de la planta doce.

Se detuvo al llegar a la diez y miró un momento por el hueco de la escalera.

Había percibido un ruido, igual que cuando la prueba con Max, o la reconstrucción de su choque con el hombre que había salido del apartamento de Maggie.

Estaba seguro de que alguien había estado observando y decidió descender un piso más.

Llegó a la novena planta y abrió la puerta del corredor.

El pasillo estaba desierto.

Avanzó hacia el ascensor y vio la flecha indicadora hacia abajo, señal de que estaba descendiendo.

Corrió hacia el extremo. Allí había una ventana que daba a la calle.

La abrió y se asomó un momento. Esperaba ver que alguien saliera por la puerta principal. Alguien que había huido precipitadamente. Alguien que —o estaba espiando— subía de forma clandestina. Y si subía ¿hacia dónde? ¿Por qué?

Esperó un buen rato.

Consultó el reloj.

«Las 10,45 —se dijo».

Seguía sin aparecer nadie.

«Quienquiera que sea pudo utilizar la puerta del garaje —pensó».

Corrió de nuevo hacia la escalera y subió los tres pisos.

Llegado a su apartamento tomó el listín.

Perdió dos minutos buscando un número.

Primero recordó el nombre del bar en el que se había reunido con Max, después al dar con el número del teléfono, marcó.

Esperó a obtener la respuesta y pidió.

—Hay un cliente llamado Max Nolan. Avísele por favor. Es urgente.

—Un momento, por favor.

Eran las 10,48 cuando el coche del asesino —robado por el mismo— se detuvo en la esquina.

Sin prisas, el hombre del traje oscuro y sombrero del mismo color se dirigió igual que en la noche anterior hacia la puerta destinada al servicio.

El edificio, claro está, era otro y el criminal. —Frank Abbod— llegaba con alguna anticipación, por eso una vez en las sombras del interior decidió esperar.

Max tomó el teléfono.

—¿Eres tú, Alan? —murmuró después de oír la voz ansiosa de su amigo.

—Sí. Escucha. Pon atención a la entrada lateral de la puerta. Desde dónde estás no puedes verla. Da a la esquina.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Un hombre estaba en la escalera. Escapó. No pude verle.

—¿Crees que se dirigía al apartamento de Maggie?

—No lo sé. Pero me parece extraño que huyera.

—Desde luego. ¿Dónde está esa esquina?

—A tu derecha. No puedes verla desde el bar, pero se puede salir a la calle, comunica con el montacargas de servicio y el garaje.

—Bien. Ahora mismo iré.

—Date prisa.

Colgaron.

Eran las 10,50.

Al asesino le sobraban todavía diez minutos.

En la brigada alguien informaba al teniente Harwey:

—No hay rastro de Frank Abbod, señor.

—Que den una descripción de ese hombre.

—Las señas que dio el portero son muy ambiguas. Hay millones de hombres en todo el país que se parecen a él.

—¿Qué hay del informe pedido a Chicago?

—Nada, señor. Es desconocido.

—Puede haberse inscrito con nombre falso. ¿Han entrado en la habitación?

—Sí. El dueño tiene una llave maestra. No tenemos orden de registro.

—¡Al diablo la orden! He perdido el tiempo interrogando a esos tipos de ahí fuera. Todos parece que tienen su coartada.

—¿Quiere soltarlos?

—Todavía no. Me quedan algunas preguntas que hacerles. Entretanto voy a llamar a las patrullas. No me gusta la desaparición de ese Abbod. No sabemos quién es, pero de repente cuando se organiza una redada desaparece.

—A propósito, jefe. Los amigos de Marina Calbert todos tienen su coartada y al parecer nadie podía tener motivos para desearle la muerte. No tenía bienes de fortuna, excepto la renta que le dejó su padre, de la que ya quedaba bien poco.

—Un crimen sin motivo, ¿eh?

—Bueno, nadie comete un crimen sin motivo —repuso el agente—. A menos que sea un loco.

—Usted lo ha dicho, y si es un loco volverá a matar. No sé. Es como si tuviera un presentimiento. Sin embargo algo falla en todo

esto.

El teniente añadió:

—Porque el loco no es el que mata, sino el que paga. Esa voz que escuchó Maggie Chalmers. Esos dólares partidos escondidos bajo una pila de lavabo...

El teniente se quedó pensativo.

—Ya dimos las órdenes, señor, ningún billete pegado ha sido denunciado. Y ya han pasado tres días.

—Sigan buscando a Frank Abbod —repuso el teniente.

Consultó su reloj. Eran las once menos un minuto.

—¡No! ¡No! —gritó horrizada la muchacha desde la cama.

Intentó saltar, pero no podía; las piernas se negaban a sostenerla.

El sillón de ruedas estaba a su lado.

El asesino sacó una pequeña porra de goma. La levantó.

—¡No! —siguió gritando ella.

El golpe la enmudeció.

Entonces el asesino cargó con ella. La dejó de nuevo para ir hacia el lavabo.

Sí. Bajo la pila estaban la mitad de los dos mil dólares concertados.

Los guardó.

Volvió a por su víctima y se dirigió hacia la ventana con ella en los brazos.

CAPÍTULO XIV

Los periódicos se despacharon a gusto en tamaño de los titulares:

SEGUNDA VICTIMA EN TRES DÍAS

«Se trata de otra inválida que también se precipitó al vacío, esta vez del piso número doce. Su nombre es Lorna Talbot. Había sido extra de cine y un accidente le paralizó las piernas».

Otro de los rotativos se preguntaban, sin paliativos:

¿SE TRATA DE UN MANIACO?

«Si bien la invalidez de las dos víctimas registradas en las últimas 72 horas podría inducir a pensar en el suicidio dadas las tristes circunstancias, al parecer la policía sigue sospechando en que ambas caídas no fueron hechos casuales...

»De ser así. ¿Quién las empujó?».

—¡A la misma hora y un coche en la esquina robado de un aparcamiento público! —exclamó el teniente—. Ahora ya no cabe duda. El que paga para que se cometan esos crímenes es un maníaco.

Max estaba ante la puerta del teniente. El policía se fijó en él al levantar la mirada.

—¿Y usted qué desea? Ya he dado toda la información a la Prensa. No tengo nada más que añadir.

Sonó el teléfono.

Un subordinado del teniente lo tomó y lo pasó a su jefe.

—Del fiscal, señor.

—Me lo estaba temiendo.

Harwey se aplicó el aparato al oído y aguantó el chaparrón contestando con monosílabos.

Colgó.

—Lo bueno del fiscal es que no manda decir las cosas a nadie. Llama directamente. En fin. Hay que moverse y hacerlo deprisa.

Max intervino.

—Tal vez no exista tal maníaco —dijo.

—¿Quién diablos es usted?

—Max Nolan. Detective. Normalmente no me ocupo de estos asuntos, pero conozco a Maggie.

—¿Maggie?

—Margaret Chalmers, teniente.

—¡Ah, sí!

—Y conozco también al hombre que iba a casarse con ella antes de que Maggie tuviera el accidente.

—¿Tiene algo que decir que pueda resultar importante? —Tal vez.

—Hable, no tengo mucho tiempo.

—¿No ha pensado que esos dos crímenes y hasta más puedan encubrir un tercero, o acaso el definitivo?

—¿Qué?

—No sería la primera vez. Hay algunos casos.

—¿Piensa que...?

—Pienso en Maggie, y en que alguien está interesado en que desaparezca.

—Siéntese y charlemos, señor Nolan. ¿En qué se funda?

—No sé, mera intuición.

—Pruebas.

—No las tengo.

—No es mucho, pero al menos tendrá motivos, por ejemplo. ¿A quién beneficiaría la muerte de la señorita Chalmers?

—Bueno. Es considerablemente rica. Heredó una buena fortuna de su padre, lo cual es bastante diferente de esas dos desgraciadas que han saltado de las alturas, ayudadas por alguien.

—Pero esa fortuna, ¿a quién iría a parar?

—Eso podría averiguarlo usted, teniente, le sería más fácil que a mí. Yo soy un simple ojeador privado.

—¿Tiene familiares?

—Que yo sepa no. Acaso alguna prima, pero viven en el otro extremo del país y apenas tienen tratos; también están bien situados.

—¿Y el hombre con el que iba a casarse?

—Alan Dolander, un amigo. Tiene varios negocios en asociación. Que yo sepa a su favor iría a parar una póliza de quinientos.

—¿De quinientos qué...?

—De quinientos mil dólares, teniente. Suscribieron dos una semana antes de contraer matrimonio dejándose recíprocamente beneficiarios.

El policía se levantó.

—De modo que de momento si ella... ¡Vaya!

—Un momento, teniente. Eso no quiere decir que intente acusar a mi amigo. Me consta que él la quiere. Además resultaría bastante absurdo que me hubiera contado sus sospechas de ser el criminal que usted anda buscando.

—Sí, en principio, pero. Déjeme pensar.

Luego volvió a sentarse y murmuró:

—Explíqueme todo desde el principio; cómo conoció a la señorita Chalmers y a su amigo. No omita detalle. ¡Ah! Y necesitaré sus señas completas.

—Sí, teniente, pero no quiero que esto conste ni pueda utilizarse como una declaración formal contra nadie. A menos claro está que pudiera ser necesario una vez conseguidas pruebas.

—De acuerdo, empiece, señor Nolan.

—Sí, señor... Conocí hace bastantes años a Maggie. Fue durante el verano. Creo que me enamoré de ella desde el primer momento.

Mientras Max relataba la historia, Alan desde la ventana del apartamento de Maggie murmuró:

—No deberías leer esas noticias. No te hacen ningún bien.

—En tres días es la segunda inválida. Y a la misma hora. Pienso en quién será la tercera.

—No pienses en esto. Yo vivo dos pisos más arriba, sólo tienes que llamarme. ¿A propósito? ¿Has mandado reparar el cerrojo de seguridad?

—¡Oh! Se me había olvidado por completo.

—Yo mismo me ocuparé de esto. No debes preocuparte, y olvídalo.

—No creas que tenga miedo. No... Lo tuve la otra noche cuando creí que podía ser yo. Ahora... no sé qué pensar.

—Maggie... No te lo he pedido nunca, pero si quieres venir a mi apartamento.

—No. No hay razón para creer que yo pueda ser la tercera víctima.

—Pediré protección a la policía. Haré que vigilen el edificio, pero por encima de todo me tienes a mí, Maggie, querida Maggie.

—Gracias, Alan —musitó ella.

Después de un silencio se miraron profundamente. El avanzó hacia el mueble donde Maggie guardaba su revólver del «22».

—Tenlo a mano —sonrió— y no es que quiera asustarte, pero úsalo si es necesario.

Max se despidió del teniente diciéndole:

—Voy a descansar, si el asesino prepara algo para esta noche o para cualquiera de las noches siguientes, allí estaré yo vigilando.

—Eso déjelo para nosotros.

—Si piensa destacar a un hombre, hágalo con discreción. En estos casos es mejor que el asesino ignore que la casa está vigilada. Es echarle un cebo, ¿comprende? El anzuelo para que pique y poder pescarle en el momento oportuno.

—¿Pretende darme lecciones? —sonrió el policía.

—¡Oh, no! Lo que pretendo de veras es salvar a Maggie. Se lo juro... Por ella lo hago y para su seguridad desearía que cazaran pronto al asesino.

Frank Abbod se entrevistó personalmente con el asesino en el reservado de un café.

Hablaron quedamente.

—Hay que precipitar los acontecimientos, Frank. Ya sabes a quién toca hoy.

—Es muy peligroso.

—Al contrario, nunca tendrás el camino tan libre. Sé de un buen escondrijo. Allí nadie te encontrará. Llévate unos bocadillos y cervezas. Nada de coches, te diriges a pie. El mediodía es la mejor

hora. Entrás por la puerta lateral. Voy a hacerte un plano que tendrás que aprenderte de memoria.

El que pagaba los asesinatos hablaba en un susurro. Si alguien hubiera podido escuchar su voz no le habría reconocido por ella.

—Pero... cuando la arroje por la ventana...

—Huirás por el mismo sitio. Te aseguro que es un escondrijo que nadie conoce. Así que permanecerás en la casa mientras los polis registran. ¿Comprendes?

—No me convence.

—Yo mismo te sacaré de allí.

—¿Usted?

—Me juego la piel como tú.

—Esto ya es ir demasiado lejos.

—¡No te me vuelvas atrás ahora! Me conoces perfectamente, ¿verdad? ¿Dejaría yo que te cogieran sabiendo que podías delatarme?

El asesino vaciló. Aquellas palabras parecieron convencerle.

—¿Ha traído el dinero?

—En el lavabo, como siempre.

—Está bien.

—Ahora voy a trazar el plano.

—¿A la misma hora?

—Sí.

—Bien.

—Espera... Antes, ¿recuerdas bien lo que tienes que hacer?

—Sí.

—Éste es un caso especial.

—Lo recuerdo.

—Entonces pon atención.

CAPÍTULO XV

Nadie vio entrar al asesino; en todo caso si alguien se hubiera fijado en el hombre que traspuso el umbral de la puerta del callejón le hubiera tomado sin duda alguna por obrero de la refrigeración o de cualquier otra cosa.

Frank Abbod, siguiendo las instrucciones de su cómplice se metió en aquel cuartito intermedio entre el departamento de máquinas y otra dependencia subterránea.

Era un cuarto condenado, tapiado, pero con habilidad los clavos habían sido separados y vueltos a su lugar.

Aun suponiendo que alguien se diera cuenta, dentro había un corredor que comunicaba con un sector de la red del alcantarillado.

Debido al suave promontorio, la alcantarilla salía a la superficie siguiendo su curso normal.

De modo que puestas las cosas mal, el asesino tenía una huida bastante segura, aunque según quien le pagaba no llegaría, a necesitarla.

Allí se instaló, en la oscuridad taladrada únicamente por la luz artificial que penetraba por entre las maderas de algún lugar.

Eran las 12,30 del mediodía. Tenía mucho tiempo por delante antes de cometer el tercer asesinato.

¿Quién sería la víctima?

Eran las 10,30 de la noche.

Alan paseaba nervioso por su apartamento.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Maggie.

—¿Estás bien? —inquirió al oír su voz.

—Perfectamente, Alan.

—¿Vas a descansar?

—Dentro de un rato.

—Bien. Ya sabes que si me necesitas...

—Sí, Alan.

Colgaron.

Max echó una ojeada al callejón y luego a la puerta principal, desde la esquina de la avenida.

Observó al hombre que estaba situado detrás de los depósitos de basura del callejón.

Se le veía ligeramente.

Se acercó a él.

—No disimula muy bien.

—Oiga, déjeme en paz, ¿quiere?

—Humm —murmuró Max. Y con la cabeza hizo un movimiento negativo.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—Se puede vigilar más disimuladamente.

—Le gusta enseñar a los demás, ¿eh?

—Está bien, está bien, no discutamos. Yo voy a subir.

—Váyase dónde quiera.

Max entró por la puerta principal y se dirigió al ascensor.

Mientras él subía, Alan bajaba nerviosamente por el ascensor contiguo.

Se cruzaron, aunque claro está no pudieron verse.

Al llegar al vestíbulo, Alan consultó el reloj.

Las 10,35.

Max, en el piso doce, avanzó hacia la puerta del apartamento de Maggie y pulsó el timbre.

—Soy yo, Max —murmuró.

Ella tardó unos minutos en abrirle la puerta.

—Disculpa... Me estaba embadurnando la cara. No estoy muy presentable.

En efecto, su rostro quedaba blanqueado por la crema regeneradora.

—Tú siempre estás presentable... ¿Todo va bien?

—Sí.

—Para tu mayor seguridad hay un policía vigilando, y yo estaré con Alan... Bueno, no digo esto para que te alarmes, simplemente para que sepas que tu sueño quedará perfectamente velado.

—Gracias, gracias por todo.

Quería mostrarse serena, pero en el fondo mostraba cierta

inquietud, y no era para menos.

Todos le hablaban, a su vez, con la mayor naturalidad, como si aquellos preparativos careciesen de importancia.

Pero la psicosis del crimen, el peligro pendiente de un hilo invisible, seguía en el aire, como un misterio impenetrable, que sin embargo se respiraba en el ambiente.

—¿Quieres..., quieres que te haga un poco de compañía? —preguntó él.

—No.

—Sólo hasta...

—¿Hasta las once? —Ella rió—. Max, he hablado con el teniente.

—¡Ah!

—El no quería hacer nada sin que yo lo supiera primero.

—¿Habéis hecho un trato?

—Me ha dicho poco más o menos que evitaría rodear la casa para no espantar al asesino, así en caso de que yo pudiera estar en su lista... serviría de cebo.

—Y tú has aceptado.

—Me parece que soy la mujer más protegida del país.

—Desde luego.

—Además, sinceramente, no creo que pueda ser la tercera víctima... No sé por qué, pero no lo creo. Estoy tranquila.

—Mejor así. Hasta luego y ya sabes que puedes llamar en cuanto quieras.

—¡Sí, sí! —sonrió ella.

Cerró la puerta. El cerrojo de seguridad seguía sin arreglar.

Consultó el reloj.

Faltaban siete minutos para las once.

Sintió un escalofrío.

Aquellas muestras de serenidad desaparecieron.

Max quedó un momento junto a su puerta y consultó igualmente su reloj. Su rostro también había cambiado de expresión.

Se alejó hasta la escalera para subir al apartamento de Alan.

Las manecillas del reloj avanzaban...

CAPÍTULO XVI

Alan cruzó rápidamente el garaje para dirigirse hacia la puerta lateral de salida.

Vio que estaba abierta.

Miró un instante hacia el exterior. Su mirada alcanzó hasta los altos cubos de la basura, pero no vio nada más.

Tampoco vio la sombra que se deslizaba por el corredor.

La sombra se aproximó a Alan.

De pronto éste presintió algo y se volvió.

Alan se abalanzó sobre él.

El otro le asestó un buen golpe, pero el vecino de Maggie demostró ser un perfecto encajador y se lo devolvió aumentado.

En el silencio proseguía la pelea.

La oscuridad no permitía a ninguno de los dos contendientes verse mutuamente.

Alan sintió un contundente golpe en la boca del estómago.

Se inclinó hacia delante y entonces un puño duro y macizo chocó contra su mandíbula lanzándole contra la pared de ladrillo desnudo.

Su antagonista volvió a la carga, pero aquella vez pudo esquivar.

Y los minutos transcurrían.

El contrincante de Alan estrelló su puño contra la pared gracias a que el joven había esquivado a tiempo.

Por fin, distinguiendo mejor la sombra, pudo aplicarle un buen golpe de karate.

El otro acusó el castigo y recibió un segundo y definitivo golpe que le dejó contra el suelo.

Alan buscó su linterna y enfocó al caído.

Al iluminar su rostro sus ojos se agrandaron y se le escapó una exclamación de asombro.

Consultó su reloj.

¡Las once menos tres minutos!

Echó a correr hacia el vestíbulo.

Al llegar pulsó con impaciencia la puerta del ascensor, pero la flecha no indicó que descendiera.

Pulsó el otro y el ascensor tampoco obedeció.

¡Alguien había forzado alguna puerta!

Entonces se apagó la luz de la escalera.

Alan comenzó a subir.

¡Tres minutos! ¡Tal vez dos y medio!

Maggie se limpió las manos después de haber terminado de darse la crema. Dejó colgada la toalla en la argolla de acero inoxidable y le resbaló al suelo.

Estaba nerviosa y notó que sus manos temblaban. Miró el reloj.

—Soy..., una tonta, no puede ocurrir nada —dijo a media voz intentando tranquilizarse.

Su corazón latía más fuerte que lo normal y a ritmo más acelerado.

Las once menos dos minutos.

Entonces le pareció escuchar un chasquido en algún lugar de la casa.

No pudo evitar el sobresalto.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

De nuevo hizo un esfuerzo para tranquilizarse.

Se inclinó para recoger la toalla y al bajar la cabeza sus ojos quedaron clavados, como paralizados en algo que acababa de ver debajo de la pila del lavabo.

¡DINERO!

¡Dinero cortado por la mitad que ni se atrevía a tocar!

Entonces supo que ella iba a ser la tercera víctima...

¡Cómo no se le había ocurrido mirar antes...! Un detalle tan... tan significativo.

Accionó el sillón hacia el teléfono.

Descolgó.

—Con la poli... —su voz también quedó paralizada.

El teléfono no emitía el menor ruido.

¡Habían desconectado!

Volvió a escuchar aquel sonido y se volvió instintivamente hacia

el *hall*.

—Hola —dijo una voz.

Ella quiso gritar pero no pudo. Su garganta quedó atenazada por el terror.

Delante de ella, apoyado en el vano de la puerta estaba... EL ASESINO.

CAPÍTULO XVII

Ella hizo retroceder la silla hacia el mueble próximo a la ventana.

Lentamente el asesino se aproximaba. No tenía prisa.

Eran las once menos treinta segundos.

—Suelo ser muy puntual —dijo.

Alan subía jadeante por la escalera.

Estaba a la altura del piso séptimo.

Y mientras el asesino consultaba tranquilamente su reloj.

Por fin, Maggie pudo lanzar un grito.

Max estaba junto a la ventana en el apartamento de Alan. Lo habían convenido así, y a los dos pareció convenirles la mutua compañía.

El grito llegó hasta él a través de la ventana que también tenía abierta.

Corrió hacia la puerta, la abrió. El corredor estaba oscuro pero lo conocía bien y no le fue difícil llegar hasta la puerta de la escalera.

Saltó los escalones.

Más abajo Alan ya no podía más con su alma, la lucha le había mermado facultades y luego subir los diez pisos...

Y en la habitación, Maggie estaba haciendo un tremendo esfuerzo, un esfuerzo como nunca para levantarse, para aproximarse al mueble donde guardaba el arma.

De pronto sintió como si una de sus piernas paralizadas pudiera moverse.

Disimuló su propia sorpresa.

El asesino seguía consultando su reloj.

Ella hizo un nuevo esfuerzo.

¡Sí! ¡Podía andar!

—¡Las once! —anunció el asesino aproximándose al sillón.

Aquella palabra produjo en Maggie el mismo efecto que un medicamento milagroso.

Se levantó de golpe.

Dio dos pasos, los dos únicos que le faltaban para llegar a la consola en cuyo cajón estaba el revólver del calibre «22».

La reacción de la muchacha pareció que inmovilizaba a su asesino. Sin embargo fue solo una fracción de segundo.

Pero ella tenía ya el revólver. Lo volvió contra él y disparó a quemarropa casi en el mismo instante en que la puerta del apartamento se abría y entraba Max.

Ella seguía disparando, pero a pesar de la escasa distancia el asesino seguía allí, en pie, riéndose.

Avanzaba hacia ella.

—¡Quieto! —gritó Max desde la puerta.

Empuñaba un revólver.

—¡Quieto! —repitió Max—. Ahora nos dirá quién le paga para cometer esos estúpidos crímenes sin sentido. ¿O acaso lo tienen?

El asesino intentó moverse, buscando una salida.

—¡No lo haga! —previno Max.

Frank Abbod estaba junto a la ventana, indeciso.

Entonces apareció Alan jadeante.

—¡Dios mío! ¡Hemos llegado a tiempo!

—¿Dónde diablos estabas, Alan? —inquirió Max.

—Bajé un momento. No estaba tranquilo y alguien se me echó encima. Pensé que podía ser el asesino. Hemos luchado. ¡Cielos! Supongo que sería uno de los policías.

Max avanzó hacia el criminal.

—Bien, amigo. Si no quiere hablar aquí, lo hará ante la policía...

—Oigan... Yo sólo cumplía órdenes... Es a él, a él al que deben condenar. ¡Está loco! Yo...

—¿Quién es él? —inquirió Max.

—¡Ese hombre! ¡Ese hombre! —Y señaló a Alan Dolander.

—¿Eh? ¡Está loco! —gritó Alan.

Alan se volvió hacia Max. Negó con la cabeza. Max le miró un instante.

—¡Cuidado! —exclamó entonces Maggie.

Fue lo último que dijo. Seguía en pie, apoyada sobre la consola. El esfuerzo había resultado tremendo y cayó.

Pareció el momento elegido por el asesino para correr hacia la puerta.

—¡Quieto! —gritó Max.

Pero el asesino no hizo ningún caso.

Max disparó dos veces.

La carrera criminal de Frank Abbod había terminado.

Max se volvió hacia Alan.

—Lo presentía, Alan... Ella ha sido testigo de la confesión de ese hombre.

—¡No ha dicho la verdad, Max! ¡Maldita sea! ¿Por qué le disparaste? ¿Porqué le disparaste?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

Luego fijó su mirada en Maggie y como si hasta entonces no lo hubiese advertido dijo:

—¡Max! Está fuera de su silla. ¡Puede andar! Tráeme las sales... Búscalas. Está desmayada.

La levantó para sentarla en el sillón.

Max permaneció inmóvil apuntando a Alan.

—No, Alan.

—¿Qué?

—No huirás.

—¡Estás loco! Tú no puedes creer.

—Escucha, Alan... El revólver que Maggie guardaba tenía balas falsas... Alguien las cambió. Esto por si no bastara la declaración de Frank Abbod. Después lo de la cerradura. Tú debiste avisar, pero no lo hiciste porque no te convenía, necesitabas que el asesino pudiera abrir con la llave que tú mismo le habías facilitado.

—Yo... Yo no tenía la llave.

—¡Claro! La entregaste aquella noche en mi presencia para que llegado el momento yo pudiera testimoniario. Pero, amigo mío, es fácil haber sacado cuantas copias se quieran de una llave antes de devolverla. La tuviste el tiempo suficiente, por fin... quisiste que las sospechas recayeran sobre cualquiera de sus socios. Yo iba a ser simplemente un testigo en favor tuyo... ¿No es así?

—No —dijo entonces gravemente Alan—. No lo es. Es al revés.

—¿Qué?

—¿No lo adivinas?

—Sólo sé que intentabas desviar las sospechas hacia otros. Hacia

Byrley por ejemplo. ¿Sabes lo que hacía Byrley? A mí me lo confesó... Byrley tiene ciertas nociones de hipnotismo. Existen muchos aficionados, incluso hay sociedades... Maggie pensó que quizá con unas sesiones podría curarse y le pidió que lo intentara. Hay precedentes. Byrley la complació... Pero no quería que tú lo supieras. La encontrabas deprimida porque los métodos de Byrley no lograban el efecto deseado. En fin, Alan... hay suficientes pruebas para condenarte.

—Yo diría que no. —Y Alan sonrió.

Maggie seguía sin sentido.

—¿Cuál es tu coartada?

—Algo que tú acabas de decir.

—Yo.

—Sí, tú... ¿Sabes, Max? Te vi salir un día de esta casa, y luego aquella otra noche, que tropecé con alguien fue contigo. Te reconocí al instante. Tú tenías tus temores y por eso hiciste la comedia de la reconstrucción para ver si yo sospechaba, pero yo seguí mi comedia.

—¡Vaya! Veo que lo tienes bien preparado.

—No lo tengo preparado. Es la verdad... Entonces me pregunté qué vendrías tú a hacer por esta casa... Pensé con nostalgia que tal vez intentabas volver con Maggie y si ella me lo ocultaba era señal de que no le disgustaba reanudar lo que hubo antes entre los dos, pero no se atrevía a decírmelo, por no disgustarme. Pero un día no pude más y se lo insinué. Maggie me juró que no había vuelto a verte. Entonces empecé a preguntarme... Si no viene a ver a Maggie, ¿qué viene a hacer? Y decidí llamarte... Cuando uno sabe que tiene un enemigo es mejor tenerle cerca para poderle vigilar mejor... Ahora ya sé lo que venías a hacer... Tal vez forzar la entrada, conseguir una doble llave..., estudiar bien el terreno, pero ¿para qué? Ahora lo he sabido... Para acusarme a mí por boca de este infeliz al que acabas de matar. Posiblemente hicisteis un pacto y él lo creyó. Ahora tú lo has matado, alegarás defensa propia, no importa y además tú y Maggie seréis dos testigos de cargo en contra mía, atestiguando las últimas palabras de ese hombre al que jamás había visto. En cambio tú sí.

—No.

—Le llamaste Frank Abbod. ¿Cómo sabías su nombre?

—Me lo dijo el teniente esta mañana.

—Bueno. Si él te lo dijo lo recordará. Repetiremos delante de él estas mismas palabras.

—No, Alan. Las repetiré yo solo. —Y el revólver que sostenía Max apuntó con más firmeza a Alan—. Tú ya no estarás.

Se inclinó lentamente y con gran habilidad palpó lo bolsillos de Abbod que yacía inerte. Sacó lo que buscaba, el arma del asesino y apuntó con ella a Alan.

—Tienes razón, ¿sabes? Pero esta razón no la sabrá nadie. Eres bastante listo. Hice creer a Frank que le dejaría escapar una vez representada su comedia. Yo no quiero que Maggie muera. La quiero para mí... Es rica, y nos haremos mutuamente felices.

—Tuviste tu oportunidad. La conociste antes que yo. ¿Por qué entonces no la aprovechaste?

—Me equivoqué. Pensé que si aludía a la diferencia de posiciones que nos separaban, ella se echaría a mis brazos, pero no fue así, y entonces no supe cómo volver. Maggie se fue de viaje y enseguida te conoció a ti. Ya era demasiado tarde y vosotros hablabais de boda. Yo tenía que impedirla y provoqué el accidente. Un accidente dedicado a ti, Alan... Era tu coche y creí que irías solo, pero ella iba contigo y... Bueno, ¿qué más da?

—Y ahora vas a matarme con el arma del asesino.

—Claro... ¡Es norma! El cuadro será completo. Abbod dispara contra ti y yo disparo contra él. Lucha entre dos cómplices con intervención de un detective privado testigo, con el refuerzo de la palabra de la interesada.

—Antes de que cometas tu segundo error disparando contra mí, Max... Piensa que hay un magnetófono en la habitación que ha registrado cuánto has dicho.

—Gracias por advertírmelo.

—Ese magnetófono está conectado a una emisora que transmite directamente a la oficina del teniente. Eli teléfono también está intervenido, y en el edificio hay más policías de los que supones. ¿Has pensado por dónde vas a escapar?

—¿Eh? Pretendes...

—¡Tire el revólver, Max! —advirtió entonces una voz.

Dos agentes acababan de aparecer por el ventanal utilizando la cornisa.

La puerta del apartamento se abrió y aparecieron otros dos.

Inmediatamente Alan salvó la diferencia que le separaba de Max y de un golpe certero de karate le hizo caer el arma al suelo.

Max estaba acorralado.

EPÍLOGO

—Disimuló muy bien —dijo el teniente.

—Sí. Max era un buen comediante.

—Nos hemos enterado de que le habían retirado la licencia en un par de ocasiones, y también del modo que habían conseguido el dinero con que pagaba a Abbod. Un cliente suyo sospechaba de él, pero carecía de pruebas para acusarle formalmente de haber violentado su caja fuerte...

Hizo una pausa y añadió:

—Le quedaba un resto en una cuenta que tenía con nombre supuesto, no era mucho, pero como pensaba casarse con una mujer rica—...

—Lástima que no pudiésemos evitar esas dos muertes anteriores. ¿Para qué lo haría?

—Mire, señor Dolander... Max es un psicópata con trastornos paranoicos... Esa clase de individuos: acaban confesándolo todo por egolatría... por demostrar su ingenio... Y él ha confesado. Se sabe perdido y lo ha dicho sin que nos costara un gran esfuerzo.

—¡Ah! ¿Sí?

—Necesitaba por lo menos un crimen del que usted pudiera ser acusado. Pero prefirió que fueran dos, más espectacular y más terror para la señorita Chalmers, luego él aparecería como el héroe salvador...

Tras una pausa musitó.

—Por cierto aquel cruce en la línea telefónica nos favoreció bastante, porque por lo menos en el primer caso es posible que hubiésemos cerrado el expediente como suicidio. La información de su prometida nos sirvió de mucho.

—Eso me recuerda que tengo que ir a visitarla.

—¿Sigue en el hospital?

—Sí... Tardará todavía unos días.

—Pero andará.

—Ya lo hace. Al principio le cuesta un poco pero... el médico dice que el *shock* emocional ha precipitado lo que a la larga tenía que suceder.

—En este caso sí que puede decirse que vale la angustia pasada...

—Desde luego, teniente, aunque personalmente hubiese preferido que todo se desarrollara de otro modo.

Se despidió.

En el jardín trasero del hospital ella hizo un esfuerzo para avanzar hacia Alan ayudada por un bastón.

El apresuró el paso.

Se besaron.

Después le entregó el ramo de flores que había comprado para ella.

Inevitablemente cuando se sentaron en un banco tuvieron que hablar del reciente pasado.

—Parecía tomarse tanto interés... Aquellas idas y venidas por la calle que me contaste.

—Todo iba encaminado a cerciorarse bien del terreno que pisaba. A conocerlo, y podía hacerlo a sus anchas puesto que oficialmente me estaba «ayudando».

—¿Le matarán?

—Posiblemente le condenen a muerte, pero no hablemos ahora de esto. Olvídalo, Maggie.

—Alan... Perdóname... Hablé con el médico... Me dijo que me mimabas demasiado, que él mismo te aconsejó que te fingieras enojado.

—¡Oh, Maggie! No hablemos de esto tampoco.

—Siento haber dudado... Pero cada mañana, al despertarme... No soportaba que mis piernas se negaran a obedecerme. Ahora, en cambio...

Las movió.

Pero él no miraba sus piernas, sino su rostro, y su boca volvió a unirse a la de la mujer que nunca había dejado de amar.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

